

la Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Septiembre 2004

Número 405

Sobre los 70 años del Fondo de Cultura Económica



Eduardo Villaseñor ■ Emigdio Martínez Adame ■
Daniel Cosío Villegas ■ Arnaldo Orfila Reynal ■
Rubén Bonifaz Nuño ■ Adolfo Castañón ■ Julián Meza ■
Eduardo Matos Moctezuma ■ Josefina Zoraida Vázquez ■
Mauricio Beuchot ■ Ruy Pérez Tamayo ■ Marcelino Cereijido
Sobre los 50 años de La Gaceta
Emmanuel Carballo ■ David Huerta ■ Marcelo Uribe ■
Jaime Moreno Villarreal ■ Christopher Domínguez Michael

COLECCIÓN FONDO 2000 CONTINÚA OFRECIENDO
UNA SELECCIÓN DE GRANDES TEMAS Y CON GRANDES
AUTORES DE LA CULTURA UNIVERSAL, AHORA EL NOMBRE DE:

COLECCIÓN CENZONTE

PRÓXIMAMENTE LOS PRIMEROS TÍTULOS:



CONSERVAMOS LOS BENEFICIOS DE ANTES Y TE OFRECEMOS MÁS:

- PUBLICACIÓN DE TÍTULOS PARA TODOS LOS LECTORES • LLEVAS TU LIBRO A TODOS LADOS, PORQUE SIGUE SIENDO DE BOLSILLO •
- PRECIO ACCESIBLE EN CADA UNO DE LOS TÍTULOS • MEJOR CALIDAD EN EL PAPEL • UN FORMATO DIFERENTE •

OTROS TÍTULOS

DESDE LA ETERNIDAD, DE ELISEO DIEGO
TRANVÍAS, DE BENITO PÉREZ GALDÓS Y MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA
CANTOS DEL SOTAVENTO, DE DAVID HARO
CARTILLA MORAL, DE ALFONSO REYES
COSAS DE ENCANTAMIENTO, DE BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO
HUMBOLDT EN AMÉRICA, DE CARLOS PEREYRA
TACHAS Y OTROS CUENTOS, DE EFRÉN HERNÁNDEZ
EL POETA Y SU SOMBRA, DE ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ
ALGUNAS NOCHES, ALGUNOS FANTASMAS, DE FRANCISCO TARIO
ALGUNAS GREGUERÍAS, DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Presentación

Tampoco para las instituciones es fácil alcanzar los 70 años de edad. Por eso para el Fondo de Cultura Económica es motivo de regocijo festejar este aniversario, y hacerlo no sólo con la satisfacción de lo producido en estas décadas sino con nutridos proyectos que buscan honrar la historia de la casa. En este lapso la editorial ha ofrecido a sus lectores —de edades cada vez más diversas, en latitudes cada vez más anchas, en idiomas que rebasan al español— textos que contribuyan a la formación individual, ya editándolos, ya comercializando los que otros publican —de ahí que hoy sea tan importante la red de librerías que estamos tejiendo—. Con la supervivencia y, mejor aún, con el enriquecimiento de la idea que estimuló a los fundadores del Fondo a emprender su aventura libresca se comprueba aquello de que “bien haya lo bien nacido, que ni trabajo da criarlo”.

Algo semejante puede decirse de *La Gaceta*, pues en este mes se cumple medio siglo de la aparición de nuestro primer número. En 1954 Arnaldo Orfila Reynal buscó con esta publicación difundir los proyectos que emprendía el Fondo, en proceso o ya en circulación, y desde entonces la revista ha pasado por diversas etapas, con rostros y formatos diversos, con colaboradores sobresalientes. El espíritu que anima a *La Gaceta* ha sido siempre aprovechar los títulos que publica el Fondo para proponer a sus lectores textos y temas de interés general o especializado. No cambiará ese principio ahora que hemos cambiado el diseño y la composición del consejo editorial. En los números venideros, *La Gaceta* buscará dialogar con los lectores manteniendo un pie en el catálogo del Fondo pero hurgando con el otro en terrenos vecinos, complementarios.

Presentamos en estas páginas diversos testimonios del nacimiento del FCE. Desde esa época en que el porvenir estaba hecho sólo de esperanzas, el trabajo colectivo ha sido uno de los sellos de la institución. Por eso quisimos rescatar la voz de algunas de las personas que, junto a Daniel Cosío Villegas, contribuyeron a gestar la empresa editora, tanto en México como fuera de ella. De ahí que los recuerdos de Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame y los mismos Cosío y Orfila sirvan para evaluar la oportunidad de haber echado a andar hace siete décadas.

Para este número festivo, hicimos asimismo dos convocatorias, una entre escritores y colaboradores del FCE, otra entre quienes han contribuido a editar *La Gaceta*. En ambos casos buscábamos mostrar a nuestros lectores una variedad de experiencias que dieran cuenta, con el orden aleatorio de la memoria, de las septuagenarias andanzas de los libros que hemos publicado, así como de la actividad editorial tras las bambalinas de esta publicación. En las páginas que siguen se presenta un mosaico vivencial que retrata a una institución que ha acumulado el esfuerzo creativo de quienes trabajaron en ella, y a una revista que en sus mejores momentos convocó a estupendos autores y era atesorada en todo el orbe hispano.

Remata el número un fragmento tomado de uno de los volúmenes conmemorativos del 70 aniversario. Quisimos hacerlos acompañar en el festejo por Alfonso Reyes, pues su obra de alcance universal sin olvidar su realidad local resume la inspiración que impulsa desde 1934 a quienes han colaborado con el FCE. Festejamos así, con nuestros lectores —la razón de ser de la editorial y la revista—, los siete decenios de la casa y los cinco de su órgano de difusión.

Sumario

Correspondencia	2
Claroscuros del Fondo de Cultura Económica <i>Eduardo Villaseñor</i>	3
Parto natural <i>Emigdio Martínez Adame</i>	6
Trust Fund for Economic Learning? <i>Daniel Cosío Villegas</i>	8
El universo en este ojo <i>Emmanuel Carballo</i>	8
Un eremita en <i>La Gaceta</i> <i>David Huerta</i>	10
Las enseñanzas de don Jaime <i>Marcelo Uribe</i>	12
Hacia un Fondo de Cultura Universal <i>Arnaldo Orfila Reynal</i>	13
En torno a la gran biblioteca en movimiento <i>Christopher Domínguez Michael</i>	14
Primeros pasos <i>Victor Díaz Arciniega</i>	16
En la Imprenta Madero <i>Jaime Moreno Villarreal</i>	17
Satisfacer una vaga esperanza <i>Rubén Bonifaz Nuño</i>	18
Entrando en el fuego del FCE <i>Adolfo Castañón</i>	18
De tin marín <i>Martí Soler</i>	19
El jardín de la letras <i>Julián Meza</i>	20
Penetrar en el tiempo pasado <i>Eduardo Matos Moctezuma</i>	20
Lecturas de formación <i>Josefina Zoraida Vázquez</i>	21
Para hacer historia <i>Perla Chinchilla Pawling</i>	22
La casa del pensamiento de Iberoamérica <i>Gustavo Leyva</i>	22
Los libros como guías y acompañantes <i>Mauricio Beuchot</i>	23
Thomas Hobbes, un autor del siglo xvii en México <i>Isidro H. Cisneros</i>	24
Parnaso de las ciencias sociales <i>Omar Guerrero</i>	25
Pero si el Fondo ha existido desde siempre... <i>Ruy Pérez Tamayo</i>	26
Ahora, discutir y asimilar <i>Marcelino Cerejido</i>	26
El Fondo de Cultura Económica y la formación científica <i>Rosaura Ruiz Gutiérrez</i>	27
El ave fénix y la filosofía <i>María Rosa Palazón Mayoral</i>	28
Nuestra lengua <i>Alfonso Reyes</i>	29

Directora del FCE
Consuelo Sáizar

Director de La Gaceta
Tomás Granados Salinas

Consejo editorial

Consuelo Sáizar, Ricardo Nudelman, Joaquín Díez-Canedo, Martí Soler, María del Carmen Farías, Áxel Retiff, Jimena Gallardo, Laura González Durán, Carolina Cordero, Nina Álvarez-Icaza, Paola Morán, Luis Arturo Pelayo, Pablo Martínez Lozada, Álvaro Enrígue, Pietra Escalante, Miriam Martínez Garza, Andrea Fuentes, Fausto Hernández Trillo, Karla López G., Alejandro Valles Santo Tomás, Héctor Chávez, Delia Peña, Antonio Hernández Estrella, Juan Camilo Sierra (Colombia), Juan Guillermo López (España), Leandro de Sagastizábal (Argentina), Julio Sau (Chile), Carlos Maza (Perú), Isaac Vinic (Brasil), Pedro Juan Tucac (Venezuela), Ignacio de Echevarria (Estados Unidos), César Ángel Aguilar Asiain (Guatemala)

Impresión

Impresora y Encuadernadora
Progreso, SA de CV

Diseño y formación

Marina Garone
y Cristóbal Henestrosa

Ilustraciones

Gabriel Martínez Meave

La Gaceta del Fondo de Cultura Económica es una publicación mensual editada por el Fondo de Cultura Económica, con domicilio en Carretera Picacho-Ajusco 227, Colonia Bosques del Pedregal, Delegación Tlalpan, Distrito Federal, México. *Editor responsable:* Tomás Granados Salinas. Certificado de Licitud de Título 8635 y de Licitud de Contenido 6080, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de junio de 1995. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* es un nombre registrado en el Instituto Nacional del Derecho de Autor, con el número 04-2001-112210102100, el 22 de noviembre de 2001. Registro Postal, Publicación Periódica: PPO9-0206. Distribuida por el propio Fondo de Cultura Económica.

Correo electrónico
gacetafce@fce.com.mx

Correspondencia

La Gaceta es un órgano de difusión del Fondo de Cultura Económica, pero puede ser también espacio de diálogo con quienes leen tanto esta publicación como cualquier obra de la editorial. Invitamos los lectores a que nos escriban, ya sea cartas en papel —dirigidas a Carretera Picacho-Ajusco 227, Bosques del Pedregal, Tlalpan, 14200, México, DF, México, a la atención de *La Gaceta*— o mensajes electrónicos —a gacetafce@fce.com.mx.

Sr. Tomás Granados Salinas
Director de *La Gaceta*

Sólo en bien de la precisión, aclaro un error y una interpretación en la nota “Vitalidad editorial de Rosario Castellanos”, de la excelente escritora Elva Macías, una de las más inteligentes y perseverantes lectoras de Castellanos.

Rito de iniciación no la entregó Castellanos al Fondo de Cultura Económica para su publicación, sino a la recién nacida Siglo Veintiuno Editores; así lo declaró en el segundo párrafo del posfacio en la edición de Alfaguara. Acababa de pasar, cuando terminó la novela, el funesto episodio de la salida de Orfila, y la fundación de la nueva editorial. Cuando busqué la novela, en 1988, le pregunté a Martí Soler, entonces en Siglo Veintiuno, si quedaba algo de la novela; Martí recordará su respuesta: Castellanos recogió el manuscrito y la editorial conservó poco tiempo las galeras, entonces en linotipo.

Rito de iniciación le pertenece, en todo tipo de derechos, a Gabriel Guerra Castellanos; él fue quien la entregó a la editorial Alfaguara y generosamente me encargaron tanto el cuidado de la edición como el posfacio; Raúl Ortiz, el mejor amigo y el máximo conocedor de Castellanos, también estuvo de acuerdo en su divulgación; Castellanos, en efecto, estaba insatisfecha con la novela, pero no tanto con su calidad; la prueba es que la continuó trabajando, la conservó a su lado, contradiciendo sus palabras de que la había convertido en un buen baño (que la había quemado), e hizo correcciones importantes.

Algo más: en su nota, Elva Macías omite el muy interesante libro de Castellanos, *Declaración de fe*, que son ensayos sobre literatura femenina y que, como *Rito de iniciación*, causaron molestia en las protagonistas de esas páginas.

Atentamente,

Eduardo Mejía



Claroscuros del Fondo de Cultura Económica

EDUARDO VILLASEÑOR

La gestación del FCE involucró a un grupo de apasionados y generosos constructores de instituciones, y es que en los años treinta abundaban los hombres a la altura de los grandes problemas de México. Hemos tomado de las *Memorias-Tesimonio* de Eduardo Villaseñor —publicadas por nuestra casa en 1974— estas vívidas páginas, auténtico manifiesto de qué era y que debía ser la casa editorial que contribuyó a formar alguien que se “creía un escritor y, por accidente o necesidad, [fue] empleado, funcionario, conferencista, economista, banquero”

Hace casi más de cuarenta años, dos personas —don Daniel Cosío Villegas y yo—, preocupados por la falta de información sobre los problemas económicos y sociales más urgentes o menos reconocidos, decidimos que era necesario crear una publicación en que pudiéramos dar a conocer el examen y, en su caso, las opiniones sobre soluciones a tales problemas. Era natural que nuestras opiniones estuvieran influidas por estudios que encontrábamos en libros y revistas extranjeros y que nos servían de referencia para llegar a nuestros puntos de vista sobre los problemas que queríamos examinar.

Animados por la amistad generosa que siempre nos dispensó don Alberto Mirsachi, le expusimos el proyecto e inmediatamente aceptó costear los primeros números que tendrían —como tuvieron— poca suerte y escasos, aunque apreciativos, lectores. No deseando abusar de la generosidad de don Alberto, buscamos y encontramos, no sin dificultades, algunos anuncios de favor para tratar de costear las ediciones. Aunque hubo momentos de desfallecimiento y resignación en una época indiferente o poco interesada, pudimos sostener *El Trimestre Económico* durante algunos años, en que dimos a conocer, sobre todo, versiones de colaboraciones extranjeras y comenzamos a incitar a los amigos a escribir artículos acerca de nuestros problemas más a la vista.

Finalmente propusimos a la junta de gobierno del Fondo de Cultura Económica que tomara a su cargo la publicación de *El Trimestre* y quedó así garantizada su vida. Pude convencer a don Daniel Cosío Villegas, dos de cuyos alumnos habían tomado en taquigrafía su curso de sociología y lo habían editado, y él mismo estaba tratando de encontrar dónde publicar la traducción al español de *El dólar plata*, de W. P. Shea. Ambos impresionamos al ingeniero don Gonzalo Robles sobre la importancia de nuestro proyecto, quien con su habitual generosidad para este tipo de empresas nos ofreció su apoyo.

Logramos reunir así 22 mil pesos, que se obtuvieron: del Banco de México 10 mil; gracias a los esfuerzos del licenciado don Emigdio Martínez Adame, 5 mil de la Secretaría de Hacienda; del Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, 4 mil; del Banco Nacional de Crédito Agrícola (no de los fondos del Banco, sino de los honorarios que los consejeros cedieron al Fondo), 2 mil y, por gestiones personales mías, don Luis Legorreta accedió a que el Banco Nacional de

México contribuyera con mil, sobre los cuales el Banco Nacional de México me cedió posteriormente sus derechos de fideicomitente.

Así se fundó el 3 de septiembre de 1934 el Fondo de Cultura Económica, como un fideicomiso confiado al Banco Nacional Hipotecario y de Obras Públicas y, si no recuerdo mal, *El dólar plata* y el pequeño tomo sobre *Comercio internacional* fueron dos de las primeras publicaciones del Fondo de Cultura Económica. Fue designada una junta de gobierno con funciones de comité técnico, que desde entonces vino resolviendo todos los problemas del Fondo como un consejo de administración. La primera junta fue constituida por el licenciado don Manuel Gómez Morín —quien nos sugirió la forma de fideicomiso—, el ingeniero don Gonzalo Robles, don Adolfo Prieto, el licenciado don Daniel Cosío Villegas, el licenciado don Emigdio Martínez Adame y Eduardo Villaseñor.

Con el tiempo la junta se ha modificado por renuncia o muerte de alguno de sus miembros y la propia junta ha tenido la facultad de designar nuevos miembros. Así dejaron de formar parte de la junta don Adolfo Prieto y el licenciado don Manuel Gómez Morín y fueron elegidos nuevos miembros, en distintas épocas, el licenciado don Eduardo Suárez, don Enrique Sarro, el profesor don Jesús Silva Herzog —que renunció después— y, posteriormente, el licenciado don Ramón Beteta, el licenciado don Antonio Carrillo Flores y el licenciado don Antonio Ortiz Mena, a quien representó todo el tiempo el licenciado don Jesús Rodríguez y Rodríguez, hasta la muerte del licenciado Beteta, cuando fue electo miembro propietario. Ésta ha sido una de las organizaciones en la que un grupo pequeño de mexicanos, sus fundadores, dedicaron gratuitamente gran parte de su tiempo y atención por más de 25 años.

El primer director del Fondo de Cultura fue don Daniel Cosío Villegas (con un breve periodo intermedio de don Antonio Castro Leal), quien con un sueldo modesto se puso a trabajar con empeño en crear, primero, una colección de libros sobre economía y luego sobre sociología, filosofía, historia y literatura contemporánea en Latinoamérica (Tierra Firme). Así se estableció el Fondo de Cultura Económica como una casa editora de gran seriedad. El licenciado Cosío Villegas, que además de director del Fondo de Cultura era al mismo tiempo delegado fiduciario, decidió retirarse de su puesto para dedicarse a escribir sobre historia. El resultado ha sido los diez tomos de la *Historia moderna de México*, que ha recibido general aprobación y elogios.

Era necesario buscar un sustituto y él mismo nos propuso al gerente de nuestra sucursal en Buenos Aires, donde se vendían más que en México los libros del Fondo. Nombramos, pues, al doctor Arnaldo Orfila Reynal, quien tomó su puesto con entusiasta empeño y pronto nos demostró sus capacidades tanto intelectuales como administrativas. Por su parte, don Daniel, absorbido por sus estudios de historia que le tomaban todo su tiempo, acabó por enviarnos su renuncia como miembro de la junta. Con todo el pesar que significaba la ausencia definitiva

de don Daniel, los otros miembros de la junta nos vimos obligados a aceptar su renuncia.

Lo que Orfila logró hacer del Fondo en 17 años de servicios como director, después de cuatro como gerente de nuestra sucursal en Buenos Aires, lo dije públicamente el día 9 de noviembre de 1965, día en que la junta, muy escasamente representada, dio posesión como nuevo director, con asistencia inusitada de funcionarios y periodistas —como si fuera un puesto oficial—, al licenciado Salvador Azuela. El Fondo había llegado a ser la primera editorial de habla hispana y justamente el éxito obtenido había hecho pensar a algunos por qué no era un mexicano el director y muchos intelectuales mexicanos que nada hicieron por crear y ayudar al Fondo se sentían con méritos y acaso con derecho para dirigirlo y manejarlo.

Todo esto venía de la idea errónea de que el Fondo era un fideicomiso del estado. Por las páginas antes consignadas a su historia ha quedado claro, sin lugar a duda, que el Fondo no era un fideicomiso del estado y es notable y lamentable que dos abogados, el secretario Ortiz Mena y el presidente Díaz Ordaz, a quien Ortiz Mena atribuyó la candidatura de Azuela, hayan creído que podían nombrar y remover al director de un fideicomiso privado como si fuera un funcionario o empleado público. Yo estaba seguro de que antes de terminar su encargo el presidente habría podido enterarse del error incurrido y habría reparado con creces los trastornos provocados en su nombre.

Ésta fue causa de mis preocupaciones e insomnios. Los viejos miembros de la junta —de hacía 21 años— no habíamos podido siquiera iniciar una discusión abierta sobre la errónea intervención estatal. Sentíamos como un deber elemental el atender una sugerencia atribuida al primer magistrado y presentada como el deseo de que el nombre del Fondo estuviera ligado a un mexicano.

En el momento en que se presentó tal sugerencia sólo estábamos presentes —de los fundadores— don Gonzalo Robles y yo, ni estaba presente don Agustín Yáñez. En nuestro deseo justamente de aportar al estado el prestigio ya reconocido del Fondo habíamos venido eligiendo a funcionarios tales como los secretarios de Hacienda, sucesivamente los licenciados don Eduardo Suárez, don Ramón Beteta, don Antonio Carrillo Flores y don Antonio Ortiz Mena. Siendo siete los miembros de la junta, la mayoría estaba ya desde hacía tiempo en manos del estado, a través de sus funcionarios. Últimamente habíamos elegido al licenciado don Agustín Yáñez para suplir al licenciado Antonio Carrillo Flores durante su ausencia en Washington y posteriormente al licenciado Jesús Rodríguez y Rodríguez, para suplir las faltas del licenciado Ortiz Mena. El licenciado Beteta casi nunca concurrió a las reuniones de la junta, desde cuando era secretario de Hacienda, y la junta quería incorporar al licenciado Yáñez y al licenciado Rodríguez y Rodríguez, lo que era posible por la ausencia en Londres del licenciado don Eduardo Suárez y por la vacante que dejaba la muerte del licenciado Beteta.

El Fondo iba a decaer. No estábamos acostumbrados los miembros de la junta a llevar a cabo reuniones escasas, ni a que se manejara el Fondo sin nuestra consulta. El Fondo había tenido hasta entonces un personal muy unido y con amor a su la-

bor. Sería difícil conservar este espíritu con gente extraña y, sobre todo, si permitíamos una renovación general de su personal, que se propuso al nuevo director.

Orfila, que estudió química, se había elevado sobre su especialidad y convertido en un humanista, al día en filosofía y ciencias, en antropología e historia, en arqueología y artes. En realidad, como lo dije el 9 de noviembre de 1965, Orfila se había graduado en humanidades en sus 17 años como director del Fondo. En otro país se le hubiera concedido el doctorado honoris causa. No en México, donde el éxito se premia, primero, con la envidia que denigra y, en muchos casos, con el cese. Hemos pasado ya en nuestra vida, que va siendo larga, por estos desengaños e ingratitudes. A Orfila debe satisfacerle —como antes a Cosío—, primero, la obra realizada —que es lo que los enemigos del Fondo nunca nos podrán quitar— y, después, la cordial estimación de su labor por la cultura.

Así vivió y prosperó el Fondo de Cultura Económica ganando no sólo el respeto de todos como la más importante casa editora de Latinoamérica, sino mostrando también cada año sus balances con modestas primero e importantes utilidades después. Para fines de 1965 el Fondo había logrado tener una reserva de cerca de dos millones de pesos. La junta de gobierno en funciones de comité técnico se ocupaba en reuniones semanarias de la selección de nuevos libros que debían ser editados, de la marcha de las agencias en Caracas y Lima y de las sucursales que se fueron estableciendo en Buenos Aires, Santiago de Chile, Montevideo y aun en Madrid y Barcelona. Nuestra sucursal en Madrid había mantenido su situación de impresora y exportadora de libros para la América de habla española. Hasta 1966 el Fondo había editado más de mil títulos y se publicaban cerca de 120 libros al año, entre novedades y reediciones.

A partir de la designación del nuevo director, el licenciado don Salvador Azuela, impuesto por el licenciado don Antonio Ortiz Mena, la situación editorial del Fondo vino a menos y pronto desapareció la reserva de cerca de 2 millones de pesos acumulada en cerca de 21 años de esforzado empeño. Esto dio ocasión a la fundación de una nueva editorial, Siglo Veintiuno, por el anterior director del Fondo, don Arnaldo Orfila Reynal. El éxito de esta nueva casa editora puso de relieve la decadencia del Fondo bajo su nuevo director. Con este motivo dirigí al señor licenciado Jesús Rodríguez y Rodríguez, el 22 de julio de 1968, la siguiente carta manuscrita: “No resisto a la necesidad de llamar su atención acerca del Fondo de Cultura Económica, ahora que según parece ha asumido usted las funciones de la junta de gobierno.

”1. La decadencia del Fondo es innegable. Decadencia intelectual, pues vive de reediciones que nosotros aprobamos y las novedades que ya no nos consultan carecen de la calidad que era la primera condición de nuestras ediciones.

”2. Financieramente es un desastre, pues de una empresa que tenía utilidades constantemente y a ritmo creciente ha pasado a ser un negocio a pérdidas, que no tienen enmienda, por los errores cometidos en las sucursales y la falta de interés de las nuevas publicaciones.

”3. Mientras la dirección del Fondo estaba en poder de un químico no fue nunca necesario tener un abogado consultor.

Así vivió y prosperó el Fondo de Cultura Económica ganando no sólo el respeto de todos como la más importante casa editora de Latinoamérica, sino mostrando también cada año sus balances con modestas primero e importantes utilidades después

Fue sólo cuando el director es un abogado cuando se ha recargado la nómina con un abogado consultor.

"4. Nunca tuvo el Fondo necesidad de un especialista en relaciones públicas. Ahora lo tiene.

"5. Nunca emprendía el director viajes sin acuerdo de la junta. Ahora los viajes se efectúan con el jefe de relaciones públicas, como un viaje de propaganda personal sin resultados efectivos para las finanzas del Fondo.

"6. Por más que se quiera torcer la situación legal, el Fondo es un fideicomiso de varias fuentes, sobre todo particulares, sujeto a la administración del delegado fiduciario con la consulta a la junta de gobierno que hace las veces de comité técnico. Todas las aportaciones que el Fondo había obtenido de la Secretaría de Hacienda y de otras fuentes eran a título de subvención sin que esto implicara que el Fondo dejaba de ser un fideicomiso.

"7. La sabiduría de tal situación se pone en evidencia ahora, cuando convertido de hecho en dependencia oficial, ha decaído intelectual, editorial y financieramente, al grado de que ha agotado cerca de dos millones que teníamos en reserva y, a pesar de las nuevas subvenciones del Estado, está acusando pérdidas que aumentan cada vez.

"8. Me permito someter a usted para que lo haga saber a sus superiores el desastre del Fondo y la sugerencia de que cambiemos a la mayor brevedad al actual director y someto a su consideración los siguientes candidatos: D. Jaime Torres Bodet D. José Gorostiza, Lic. don José Iturriaga, Lic. don Emigdio Martínez Adame, D. Francisco Monterde, Ing. don Gonzalo Robles.

"9. No está por demás recordar a usted que el ingeniero don

Gonzalo Robles, el licenciado don Emigdio Martínez Adame y yo somos tres de los fundadores del Fondo y que yo tengo además el carácter de fideicomitente.

"Espero que pueda leer con la calma con que la escribo la presente carta y me repito su atento amigo y seguro servidor."

El resultado de esta comunicación fue que el director del Fondo, que no era miembro de la junta, ni secretario, nos comunicara a los fundadores de esa institución, en carta fechada el 19 de agosto de 1968, que habíamos dejado de formar parte de la junta de gobierno. Desde entonces cesaron nuestras actividades en relación con esta institución que con tanto esfuerzo, cariño y sacrificio habíamos fundado y echado a andar con éxito evidente. La nueva administración pronto tuvo que abocarse a problemas económicos, pues la mala administración del titular designado había agotado las reservas acumuladas en más de veinte años de operación y no la Secretaría de Educación, sino la de Hacienda, asumió las funciones de propietaria del Fondo de Cultura Económica y asumió con ello la responsabilidad de las pérdidas por la mala administración.

Con el cambio de gobierno, la Secretaría de Hacienda designó director del Fondo al licenciado don Antonio Carrillo Flores, que era secretario de Relaciones en el anterior gabinete y que había sido uno de los miembros de la junta de gobierno, quien procuró mejorar la situación del Fondo editorial y administrativamente. Tras su breve estancia allí, fue designado nuevo director el licenciado don Francisco Javier Alejo López, un joven economista que estaba a punto de obtener el grado de doctor en la Universidad de Oxford. Ambas designaciones han mejorado notablemente las funciones y administración del Fondo de Cultura Económica. 



Parto natural

EMIGDIO MARTÍNEZ ADAME

Hace un cuarto de siglo, el 3 de septiembre de 1979, Martínez Adame pronunció este discurso en el acto de celebración del 45 aniversario de la casa. Más que mera evocación curiosa, las palabras de otro de los fundadores del FCE revelan el fecundo nexo que puede establecerse entre las instituciones de gobierno y la vocación académica

El Fondo de Cultura Económica, o más brevemente el Fondo de Cultura como todo el mundo de los libros lo llama, nació natural, fácilmente. Su advenimiento a la vida cultural de México ha sido referido de modos diversos aun por los que asistimos a su alumbramiento. Yo tengo mi versión y me siento inclinado ahora, a los 45 años de aquel suceso, y como el más viejo, o para usar un vocablo menos sombrío, el más antiguo de los miembros de su junta de gobierno, a referirla con cierta melancolía por aquellos tiempos en que, a pesar de su continuidad, México era un país distinto.

Por esos días nuestras conversaciones —con mi distinguido maestro y luego, además, mi amigo entrañable, Daniel Cosío Villegas, en unión, a veces, de Gonzalo Robles, de Jesús Silva Herzog (el mayor), de Eduardo Villaseñor, de Antonio Castro Leal— caían con frecuencia en la necesidad de organizar una editorial, así fuera modesta, para dedicarla, diría yo que exclusivamente, a traducir y a importar textos de la ciencia económica. México y el mundo venían saliendo de los últimos sacudimientos de la crisis económica más honda hasta ese entonces, la de 1929 y los primeros treinta. Se ha dicho, quizá con razón, que la crisis puso a prueba la eficacia —diría yo que la propia supervivencia— del sistema social en que vivíamos y que dio origen a una inquietud de amplios horizontes, pero especialmente en sus rasgos más vitales: los económicos.

No sólo el intelectual se ocupó y preocupó por profundizar el estudio de las causas de esas ondulaciones —así solían llamarse poética y metafóricamente— o fluctuaciones que periódicamente alteran su funcionamiento y con ello la vida cotidiana, normal del ciudadano. Los banqueros, los industriales, los agricultores y hasta el hombre de la calle se tuvieron que preguntar por qué, a veces, con cierta periodicidad y con tramos cada vez más cortos, el sistema parece detener su marcha —las más— y otras —las menos— la aceleran.

Hasta entonces, es preciso reconocerlo, en México las disciplinas económicas no habían sido objeto de un estudio sistemático. La ciencia económica era, si se me permite expresarlo así, una actividad lateral, subsidiaria de otras ocupaciones, particularmente de las del abogado. Es cierto que Guillermo Prieto había escrito desde tiempo atrás un manual de *Economía política*, y Joaquín Casasús un ensayo sobre la cuestión de la plata, y Díaz Duffoo uno más sobre inversiones extranjeras.

Pero, repito, estas manifestaciones eran esfuerzos aislados, más bien ensayos monográficos como los de Pablo Macedo sobre la evolución mercantil, las comunicaciones y obras públicas y la hacienda, así como los escritos por Gilberto Crespo Martínez, Agustín Barroso, Manuel María Contreras, Andrés Aldasoro, Francisco Bulnes y otros más. Ninguno de ellos o muy pocos, podrían haberse adjudicado el calificativo de economistas, en el sentido que hoy damos a los profesionales de esta disciplina. Los de ahora, los que tienen crédito suficiente para hacerlo, quizá no dejen de sonreír al enterarse de que los abogados de entonces y hasta 1929, y quizá de los primeros años treinta, estudiábamos en textos como los de Charles Gide y de Martínez Sobral. Ello hacía sentir la necesidad de expertos en esta disciplina que dieran explicaciones del acontecer económico diario de nuestro país. Prueba de esta inquietud es que en 1929 se creó en la vieja y querida Facultad de Jurisprudencia una sección especialmente destinada a los estudios económicos. Como símbolo, seguramente involuntario, los primeros salones de clase fueron alojados abajo de las escaleras de Jurisprudencia.

Ahí acudieron prontamente las personas del más diverso origen y actividad: los había abogados, yo entre ellos, maestros normalistas, agrónomos, preparatorianos recién salidos de San Ildefonso y hasta militares. Los profesores de esa disciplina —lo digo sinceramente en elogio y no en desdoro de ellos— tuvieron que improvisarse y casi todos ellos cumplieron con eficacia y desinterés. Muchos de los estudiantes de entonces emprendieron el camino del extranjero hacia las mejores universidades: Londres y Harvard. A su regreso éstos y los que siguieron sus estudios en la modesta y joven Sección de Economía —que en 1935 habría de obtener su categoría de facultad— se convirtieron ya en nuevos y distinguidos, ahora sí, economistas.

El nacimiento del Fondo de Cultura fue un resultado natural de las condiciones que prevalecían por aquellos días. En este ambiente nació nuestra institución como algo que pedía la época. Su aparición fue, pues, fácil y natural. Nuestras preocupaciones tropezaban invariablemente con la falta de recursos. Un día de los primeros meses de 1934, siendo yo funcionario de la Secretaría de Hacienda, logré en uno de mis acuerdos regulares con el secretario Marte R. Gómez, que me autorizara una orden de pago, así se llamaban entonces (fueron cinco o quizá diez mil pesos), como aportación, la primera, para el propósito de fundar nuestra editorial. Me precipité verdaderamente hacia la oficina de Cosío Villegas, que también estaba en Palacio Nacional. Le referí emocionadamente lo acontecido. De ahí salimos en busca de nuestros amigos, les dimos la buena nueva y Cosío puso, desde luego, manos a la obra. Gonzalo Robles, entonces director del Banco Nacional Hipotecario, nos alojó, gratis, en un rincón del edificio.

Conservamos nuestra libertad, la usamos y no tememos su práctica responsable. Cada nuevo libro que sale de la editorial es una prueba fiel de que la usamos a plenitud y, si una nube pasajera ensombreció nuestra casa, podemos decir que fue sólo eso: pasajera, de un instante



Así, según lo veo ahora, fue como nació el Fondo de Cultura hace justamente 45 años. A partir de entonces el desarrollo económico y cultural de México ha impuesto nuevas y más grandes tareas. Puede decirse que el Fondo fue creciendo a ritmo del desarrollo del país. La primera tarea del Fondo fue traducir libros pues entonces eran muy pocos los estudiantes que disponían de otro idioma. Así les dábamos los mejores textos en su propia lengua. Si al principio, como primeros balbuceos, sólo logramos editar dos o tres títulos al año, cuando cumplimos 25 años nuestros títulos superaban los 1 300. Hoy en día, al cumplir 45, podemos decir, no exentos de cierta vanidad, que son más de 3 176 títulos, algunos reeditados varias veces. Entre ellos debemos citar *El Trimestre Económico*, que acaba de publicar su número 184, con lo que se convierte en la revista más antigua y de calidad indiscutible no sólo en México sino en Latinoamérica.

Con el tiempo, el Fondo se abrió a otros horizontes y comenzamos a incursionar en los campos de la antropología, el derecho, la historia, la filosofía, la psicología. Más tarde, en la literatura, creando especialmente la sección de Letras Mexicanas, que alcanza ya más de 175 títulos y que fue creada para divulgación de nuestras letras abriendo un campo propicio —casi un refugio— para los escritores jóvenes de México.

Con frecuencia se nos ha hecho observar que no producimos y publicamos bastante. Quizá lo hacemos siempre al límite de nuestra capacidad. No dejamos de reconocer que podríamos ir mucho más allá pero nuestros recursos no han sido abundantes. Y el instante en que lo fueron no podría caracterizarse como el mejor de la vida del Fondo. A veces también, pocas por cierto, quizá por el alto nivel de nuestra producción, se ha pensado que publicamos para una elite intelectual. No parece justa esta apreciación y quizá pueda atribuirse a la calidad de los libros que publicamos, por su elevado rango cultural, en lo que radica precisamente el prestigio que ganó desde el principio el Fondo de Cultura. Por otra parte, nuestros lectores au-

mentan, y si al inicio nuestros tirajes eran de 500 ejemplares pronto llegaron a los 10 mil y aún más.

Y como el Fondo por su origen y finalidad, es menester recordarlo en este aniversario, es una empresa sin propósitos lucrativos, que no tiene accionistas ni propietarios, por lo menos en el sentido de que alguien obtiene provecho de un negocio, nuestros precios son congruentes con esa condición, lo que permite cumplir con nuestro afán de hacer de la cultura un bien común de fácil disfrute para todos. Y sin esa atadura —la de hacer negocio— el Fondo que nació libre lo sigue siendo y vive sin más compromisos que el que contrajo al nacer: difundir la cultura. Conservamos nuestra libertad, la usamos y no tememos su práctica responsable. Cada nuevo libro que sale de la editorial es una prueba fiel de que la usamos a plenitud y, si una nube pasajera ensombreció nuestra casa, podemos decir que fue sólo eso: pasajera, de un instante.

Quiero terminar, pero siento que esta breve recordación queda incompleta si no menciono —para rendirles tributo— a los dos primeros directores del Fondo. Daniel Cosío Villegas, el primero, le dio su forma original, definió sus propósitos, organizó las colecciones iniciales. Fue su primera empresa cultural entre otras tantas por las que merece crédito. Sin disputa, fue su fundador.

El otro, un extranjero —Arnaldo Orfila Reynal— se mantuvo en el timón hasta 1965. ¿Dije un extranjero? ¿Lo es? A la inversa de algunos que se tornan fácilmente extranjeros, Orfila se volvió mexicano. No encuentro mejores palabras para referirme a él que las que dijo hace apenas unos días un ilustre mexicano al tributar homenaje a un extranjero: “queremos honrarlo —si fuese posible honrarlo más— por su cariño a México y por su contribución a la cultura, esto es, por ayudarnos a conocernos mejor”. Estoy seguro de que los futuros aniversarios del Fondo, mi ardiente deseo así me hace avizorarlos, serán ocasión de reiterar que una empresa como ésta —tan bien nacida— cumple cabalmente con los propósitos que le dieron vida. 

Trust Fund for Economic Learning?

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Cimiento principalísimo de la casa y su director durante los primeros 14 años de esta vida septuagenaria, Cosío Villegas perteneció a una excepcional generación de fabricantes de ideas e instituciones. En retrospectiva, sus iniciativas parecen haber seguido una trayectoria más rectilínea, menos indolora, que la que en realidad recorrieron, por lo que vale la pena recordar las dificultades que debió superar el FCE en su etapa de gestación. Estas páginas provienen de las *Memorias* publicadas por Joaquín Mortiz en 1976 y reproducidas en *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*, compilado por Gabriel Zaid

Dos obstáculos adicionales, y graves, encontramos en nuestras enseñanzas. El primero, que un buen número de estudiantes trabajaba, y, por lo tanto, no podía consagrar a sus estudios sino un tiempo y un esfuerzo marginales. El segundo, que no conocían ningún idioma extranjero, sobre todo el inglés, idioma éste en que estaba escrito no menos del ochenta por ciento de la literatura económica. Desde el primer día de clase tuve yo el cuidado de pasarle a mis estudiantes una tarjeta en que debían escribir su nombre, los estudios que tenían hechos hasta entonces; si trabajaban, en qué y de qué horas a qué horas; en fin, los idiomas extranjeros que podían leer. En el primer año, fue sorprendente el número limitado de los que trabajaban; pero de un año al otro aumentó la proporción al grado de que en el tercer año el estudiante de “tiempo completo” era una marcada excepción. Al contrario, en todo tiempo el número de estudiantes capaces de leer libros extranjeros era prácticamente nulo, y cuando había uno, señalaba el italiano, es decir, una lengua inútil para estudiar economía. Poco o nada podíamos hacer para que los estudiantes dedicaran las horas del día a estudiar, como que en buena medida, si bien no en toda, se debía

El universo en este ojo

EMMANUEL CARBALLO

La Gaceta del Fondo pasó de hoja de propaganda editorial a escueta publicación, de cuatro páginas, dedicada a difundir la cultura y las letras, tanto las producidas por autores de casa como foráneos. En ambos casos de primera categoría.

La Gaceta, un tanto insegura al principio en la diagramación tipográfica, pisó fuerte desde los primeros números en la elección de los autores y los temas. En sus miras figuraba la razón de ser del Fondo: la universalidad vista a través de la mirada de nuestros países.

Desde sus comienzos supo quién era y a quiénes se dirigía fundamentalmente. Su éxito fue rápido y duradero. 📖

a necesidades económicas que no podíamos satisfacer, digamos con becas, pues no se ofrecía una sola. En cambio, a largo plazo, podíamos remediar siquiera parcialmente la ignorancia de las lenguas extranjeras. Esto, claro, traduciendo al español los libros de economía más importantes. Hablamos del asunto Miguel Palacios Macedo, Eduardo Villaseñor y yo con Manuel Gómez Morín, quien acogió la idea con verdadero interés. Llamamos entonces al conciliábulo a Emigdio Martínez Adame, tanto porque tenía ya su grado de licenciado en derecho como porque lo habían elegido los estudiantes de economía presidente de la Sociedad de Alumnos. A él le pareció tan bien, que anticipó que sus condiscípulos estarían dispuestos a dar cuotas que formaran el capital inicial de una sociedad cooperativa. A mí me alarmó un tanto esa idea por considerar insuficiente el capital que de verdad se reuniera, y porque los estudiantes, que, por definición, no sabían ni economía ni lenguas extranjeras, fueran a gobernar una empresa dedicada a seleccionar y traducir libros extranjeros. Entonces se me ocurrió que quizá pudiera interesarse a una de las varias editoriales españolas, únicas que entonces existían, e interesarla, claro, mercantilmente. Nosotros nos limitaríamos a proporcionar un plan de publicaciones, digamos para los primeros cinco años. Nos ofreceríamos de traductores si para ello éramos requeridos. Pero nada más, o sea que a ellas quedarían la impresión, la distribución, la venta y las utilidades.

De esas casas españolas la más importante y activa era Espasa-Calpe, y por eso me decidí a hablar del asunto con el gerente de la sucursal en México. Era Paco Rubio, un andaluz pequeño, simpático y locuaz y un comerciante descarnado. Me dijo, por supuesto, que él no tenía facultad alguna que le permitiera siquiera anticipar una opinión; pero se acomió a enviar a sus jefes en Madrid el plan de publicaciones que habíamos redactado. Pasó un mes, dos y tres, y Paco no recibía respuesta. Resolví entonces escribirle a Genaro Estrada, a quien Calles había separado de la Secretaría de Relaciones por haberse negado durante algún tiempo a recibir al embajador norteamericano, y que por eso fue a dar a Madrid de embajador.

La república se había instalado ya en España, como que ésa fue la razón por la cual Genaro aceptó de buen grado su descenso, pues parecía que por la primera vez en su historia España iba a ser gobernada por intelectuales, y no por zafios como el monarca recientemente depuesto. En México había circulado desde hacía tiempo la historia de que el duque de Alba, empeñado en acercar a Alfonso XIII los intelectuales, organizó una gran recepción para presentarle a Ortega y Gasset, y que cuando lo hizo, anunciándolo como un brillante filósofo, el rey le hizo a Ortega este simple comentario: “¿con que usted se dedica también, como yo, al camelo?” A México vino de primer embajador republicano Julio Álvarez del Vayo, un simple periodista, pero inteligente, culto y activo. Y uno de sus primeros esfuerzos lo encaminó a fomentar el intercambio intelectual, sobre todo de mexicanos que fueran a España, pues de tiempo atrás los gachupines ricos habían costado apariciones periódicas en

México de profesores e intelectuales españoles. Bien pronto me invitó Álvarez del Vayo a dar un curso sobre nuestra cuestión agraria en la Universidad Central de Madrid. La verdad era que el promotor real de estos planes era don Fernando de los Ríos, quien como ministro de Educación se propuso desviar la atención de los estudiantes españoles hacia otras enseñanzas que no fueran el derecho. Él mismo decía en apoyo de su tesis que, para considerarlo ciudadano español, la vieja constitución monárquica exigía haber nacido en España, profesar la religión católica y ser abogado. Por eso don Fernando había invitado ya a dar un curso de economía a Werner Sombart, entonces en el apogeo de su fama. Acepté sin vacilar, y en poquísimos



tiempo abordé en Veracruz el viejo barco *Alfonso XII*, en el que hice uno de los viajes más pintorescos de toda mi vida. Descubrí lo que todo el mundo parecía saber: que en esos barcos la clientela habitual la componía algún intelectual (en este caso don Enrique Díez-Canedo), numerosos toreros, pelotaris y monjas.

Mi curso resultó un fracaso por dos razones. La primera, que los republicanos españoles eran mucho más académicos que los revolucionarios, pues a despecho de predicar la necesidad de repartir entre los campesinos los latifundios, pospusieron toda acción hasta no poder fundar con documentos la legitimidad y los límites de esos latifundios, y para ello pusieron a trabajar a tres o cuatro especialistas en los archivos, sobre todo los de Alcalá. Pronto me puse en contacto con Marcelino Domingo, secretario de Agricultura y encargado de poner en marcha la reforma agraria. Cordial, amabilísimo, me invitó a visitarlo en su ministerio y hablar largamente de sus planes; pero el día señalado para la audiencia me presenté a las once y media de la mañana, don Marcelino no había llegado aún, y no sólo él, sino ninguno de los empleados, salvo los mozos, que estaban concluyendo el aseo. Entonces, resultó inevitable que no concurrieran a mi curso políticos, agrónomos o jóvenes es-

Lo primero que definimos fue que la empresa no podía ser lucrativa, puesto que nuestro empeño era educativo. Los libros, por supuesto, tenían que producirse comercialmente, es decir, al más bajo costo posible, y debían venderse también comercialmente, o sea a un precio que permitiera recuperar los costos de producción y distribución, más una utilidad razonable

tudiantes deseosos de enterarse cómo había lidiado México con ese problema durante quince años. Fueron estudiantes de derecho interesados en los aspectos jurídicos de la tenencia de la tierra, o historiadores deseosos de ver en qué medida nuestra revolución había resucitado los conceptos y las instituciones prehispánicas destruidos por el conquistador. La otra razón fue que el buen señor encargado de los horarios puso mi curso en los mismos días y a iguales horas que el de Ortega y Gasset. Aparte de su bien ganada fama como catedrático y como escritor, Ortega avaló inicialmente a la república, de modo que presentó su candidatura a miembro de las Cortes, ganando una curul sin oposición alguna. No había entonces una sola de las millares y millares de chicas que concurrían a la Facultad de Filosofía y Letras que no estuviera literalmente enamorada de Ortega, que no soñara con él, que no lo siguiera por

la universidad, las Cortes o la *Revista de Occidente*. Ortega y Gasset, por su parte, a más de ser, sin duda, un expositor brillantísimo, era un gran actor, y un actor que no dejaba al azar el desempeño de sus papeles. Corría por la Universidad Central el cuento, que todo el mundo daba por cierto, de que Ortega se pasaba las dos horas que precedían a sus conferencias repasando sus notas, memorizando los pasajes con que debía conmovier al auditorio, y todos estos preparativos delante de un enorme espejo, en que estudiaba todos y cada uno de sus gestos y ademanes. Era, así, natural, que en esta involuntaria rivalidad el pobre y oscuro profesor mexicano, llovido, como quien dice, del cielo, tuviera una acogida muy limitada.

Esto no me impidió, por supuesto, conocer y tratar a muchos intelectuales españoles, tarea que inició don Enrique Díez-Canedo, con quien había hecho yo el viaje de Veracruz a Santander. Pero mi preocupación principal era ver a Genaro Estrada y averiguar qué había pasado con nuestro plan de publicaciones económicas. Me dijo que al recibo de mi carta se puso en movimiento acudiendo a don Fernando de los Ríos, por ser amigo suyo, por constarle que don Fernando estaba haciendo un esfuerzo serio por propagar en las universidades to-

das el estudio de la ciencias sociales, y muy particularmente porque a don Fernando le había encomendado la sección de esas disciplinas el Consejo de Administración de Espasa-Calpe. Don Fernando acogió con verdadero calor la idea, al grado de provocar una reunión extraordinaria de ese consejo. Hizo delante de él una exposición larga, que apoyó, además, en la opinión de algunos economistas españoles a quienes don Fernando había consultado, y cuando creía haber convencido al consejo, Ortega y Gasset pidió la palabra para oponerse, alegando como única razón que el día en que los latinoamericanos tuvieran que ver algo en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española “se volvería una cena de negros”. La idea fue desechada, pues Ortega era el consejero mayor de Espasa. Cuando Genaro acabó su relato, conservé el bastante buen humor para co-

Un eremita en *La Gaceta*

DAVID HUERTA

Fui el encargado de preparar *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica durante dos periodos de tres años, separados por una década exacta: 1972-1974 y 1982-1984. En esos seis años trabajé bajo las órdenes del poeta Jaime García Terrés, quien a principios de la década de los setenta fue “subdirector técnico”, y un decenio más tarde había ascendido a director general de la casa. En la primera época, no aparecía mi crédito en parte alguna de la revista; luego fui secretario de redacción.

García Terrés era de veras un jefe excepcional “y no hubo entre nosotros ni sombra de disturbio”; apenas un leve desencuentro en 1984, nada grave. Aprendí mucho a su lado. No intimamos, pero llegué a apreciarlo de veras, por todo tipo de buenas razones.

Don Jaime leía ávidamente excelentes revistas literarias, y su escritorio se desbordaba con resmas del *TLS*, *The New York Review of Books* y de diversas publicaciones francesas y alemanas. El aroma de su pipa, de la que casi nunca se separaba, impregnaba gratamente, en los años setenta, el cuartito en el que entonces despachaba, y que había sido, conjeturo, la cocina doméstica del doctor Arnaldo Orfila Reynal cuando éste dirigió el Fondo (Orfila vivía ahí mismo, costumbre que se llevó a Siglo Veintiuno cuando pasó a dirigir esa otra editorial). Luego, don Jaime se mudó, ya director, a la amplia oficina en la que trabajaron tradicionalmente los directores. Todo esto sucedía, claro está, en el antiguo edificio de la avenida Universidad, por el que suspiramos aún los veteranos del Fondo.

En esos dos periodos trabajé en la misma oficina que me asignaron en 1972. Amplia, bien ventilada y con entrada por dos lados, veía yo desfilar por ahí a un montón de gente: escritores, traductores, poetas. Las conversaciones solían ser espléndidas. De repente se aparecía por los pasillos don Cándido —creo que trabajaba en intendencia—, una de las presencias necesarias en el Fondo: “¿cómo le va, doctor?”, preguntaba él, y yo le respondía “aquí pasándola, pasándola, licenciado”. El de *La Gaceta* era un trabajo de eremita: la hacía prácticamente a solas, con el asesoramiento y los vistos buenos, por supuesto, de don Jaime.

En aquella oficina del edificio de avenida Universidad conversé varias veces con Carlos Castaneda sobre pueblitos mexicanos; farfullé algunas frases en francés deficitario con J.-M. G. Le Clézio; conocí a Juan Carlos Onetti, a quien apenas saludé; colaboré con Marco Antonio Montes de

Oca en la preparación de *El surco y la brasa*, libro de traducciones poéticas; iba a quitarle el tiempo dos o tres veces por semana a Alí Chumacero... Pero sobre todo gocé a puñados del genio impar de Juan Almela —no utilizo aquí con ligereza la palabra *genio*—, quien me hacía desternillarme de risa con sus historias y anécdotas, y también me deslumbraba con su infinita sabiduría y su ejemplar sentido de la amistad.

Debo decir que el principal apoyo de mis tareas en el Fondo fue siempre el cálido y entrañable Alfonso Ruelas, uno de los hombres más bondadosos que he conocido. Almela y yo jurábamos por Ruelas, que nos tenía una paciencia inagotable, que por lo menos yo no merecía.

Mi trabajo era sencillo y pude beneficiarme de los adelantos técnicos que la máquina fotocopidora ponía a mi alcance. Casi todo el material de la revista era procesado por mí de esta manera: examen de los fragmentos de libros del FCE que habrían de publicarse en la revista; selección de las páginas, procurando que los extractos pudiesen leerse de punta a cabo sin tropiezos, como si fuesen textos, digamos, autosuficientes... y fotocopiado. Evoco aquella máquina fotocopidora del Fondo, que estaba un piso abajo del mío, porque la disfrutaba de veras, no sé por qué —quizá porque mis torpezas mecánicas se veían como redimidas por esa tarea de reproducción tan fácil de hacer.

Más o menos una cuarta parte de la revista provenía de encargos especiales que yo solicitaba y tramitaba, con la aprobación de García Terrés, quien a su vez también les pedía textos a sus amigos y conocidos.

Una vez decidido el número, había que llevar los materiales a la Imprenta Madero, buscar y rebuscar en el maravilloso archivo que ahí organizó, a lo largo de varios lustros, el gran Vicente Rojo, y diagramar *La Gaceta* con alguno de los diseñadores con los que me tocó trabajar (Bernardo Recamier o Alberto Aguilar, alguna vez Germán Montalvo).

Procuraba ser lo más respetuoso posible con esa parte del trabajo, pues siempre he pensado que todo mundo tiene opiniones sobre política, fútbol y diseño gráfico y no quería estar en el número de esos descomedidos que suelen hablar de lo que no saben frente a los expertos: “¿por qué no le bajas el puntaje aquí?” o “yo creo que una pleca acullá no estaría mal”. Ellos saben lo que hacen y hay que dejarlos trabajar en santa paz. Esta norma de conducta editorial me ha funcionado en otras faenas parecidas. ■

mentar que hasta en eso se había equivocado Ortega, pues debía haber dicho cena de indios y no de negros.

El buen humor aquel debió haber sido muy liviano, pues dos días después volqué toda mi amargura con Alberto Jiménez Fraud, con quien hablé no sólo porque con alguien necesitaba yo desahogarme, sino porque, como director de la Residencia de Estudiantes, conocía como pocos el medio intelectual madrileño, y porque él mismo había comenzado a editar una serie preciosa de libritos bajo el rubro de Colección Gra-

nada. Alberto consideró inútil replantear el asunto en Espasa-Calpe, porque la opinión de Ortega prevalecería por largo tiempo. Entonces se me ocurrió sugerir a Aguilar, apoyándome en que poco tiempo antes había editado *El capital* de Marx, cuyo primer tiro se agotó pronto, a pesar de que se dudaba de que Manuel Pedrosa lo hubiera traducido de verdad, y a pesar también de haberse publicado en un solo tomo, que resultó descomunal y pesado. Alberto organizó entonces un almuerzo en su casa, al que fuimos invitados Aguilar y yo. Incidental-

mente debo decir que aun en esto se distinguía Jiménez, pues era entonces el único español civilizado que invitaba a su casa, pues los otros, sin excepción, lo llevaban a uno al restaurante, y sin señoras. Hablé largamente con Aguilar, y con una copia del plan de publicaciones al frente, le expliqué sección por sección y título por título. Me dijo que el plan era de gran envergadura y que por eso no podía anticipar una opinión. Se llevaría el plan, lo estudiaría y tan pronto como le fuera posible me daría a conocer su respuesta. No pasó mucho tiempo sin que lo hiciera a través de Alberto Jiménez, y fue rotundamente negativa. Pero conservó la copia del plan, y a los pocos años comenzó a publicar más de uno de sus títulos.

Regresé bien alicaído a México, en parte porque no pude quedarme en España más tiempo, pues el país y su gente fueron una gratísima revelación, y en otra parte por el poco éxito de mi curso y de mis gestiones editoriales. Pero mi alivio fue instantáneo, pues al relatar a mis amigos mi fracaso, de todos ellos brotó la resolución de que, si los españoles se negaban a embarcarse en la empresa, nosotros lo haríamos. ¿En qué forma? ¿Con qué recursos? ¡Ya veríamos!, dijimos sin vacilar. Lo primero que definimos fue que la empresa no podía ser lucrativa, puesto que nuestro empeño era educativo. Los libros, por supuesto, tenían que producirse comercialmente, es decir, al más bajo costo posible, y debían venderse también comercialmente, o sea a un precio que permitiera recuperar los costos de producción y distribución, más una utilidad razonable. Pero ésta no iría a parar al bolsillo de nadie, sino que se invertiría íntegramente en aumentar constantemente el capital. Entonces, ¿qué forma jurídica podía tener? Leí desde luego la ley de Beneficencia Pública y me di cuenta de que el hecho de vender, independientemente de a dónde fuera el producto de las ventas, era incompatible con ella, así como la noción sociedad “civil”, que contemplaba el código respectivo. En esas andábamos cuando nos enteramos de que en la Secretaría de Hacienda se venía estudiando la conveniencia de importar a nuestra legislación una institución puramente sajona, la del *trust*, o fideicomiso, como acabó por llamarse en México. Yo sabía que en Estados Unidos era corriente organizar así empresas educativas, digamos las grandes “fundaciones”, pues permitía el empleo de métodos comerciales para administrar los fondos puestos al servicio de fines desinteresados. Nos movimos cuanto pudimos, y Hacienda le dio pronto un estado legal al fideicomiso, si bien limitando su concesión a dos únicos bancos, el de Londres y México y el Nacional Hipotecario y de Obras Públicas, recientemente creado y al frente del cual estaba nuestro viejo amigo Gonzalo Robles.

Entonces, yo mismo cometí una serie de disparates traduciendo mal del inglés el nombre mismo de nuestra empresa, que se llamó Fondo de Cultura Económica, porque en inglés se hubiera llamado correctamente Trust Fund for Economic Learning, y traduje *governing board* por “junta de gobierno”, expresión ésta que ha sido copiada después por muchas instituciones, entre ellas nada

menos que la Universidad Nacional. El Fondo de Cultura Económica, pues, quedó organizado como un fideicomiso: los fideicomitentes serían las personas físicas o morales que aportarían recursos económicos al Fondo; el fideicomisario era el Banco Nacional Hipotecario y de Obras Públicas, que manejaría los dineros; y una junta de gobierno se encargaría del aspecto técnico, es decir, de la producción, distribución y venta de los libros. Esa junta quedó constituida por Gonzalo Robles, Manuel Gómez Morín, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Adolfo Prieto y yo. Todos éramos economistas excepto don Adolfo, que, aparte de no ser inculto, tenía fama de caritativo. En consecuencia, podía conseguir dinero de los empresarios privados, que lo conocían y respetaban. Pero, como después me ha ocurrido en otras empresas culturales, digamos El Colegio de México, don Adolfo, o no hizo ningún esfuerzo para conseguirnos dinero, o lo hizo y fracasó. Sintiendo que no nos prestaba ningún servicio, renunció. Lo sustituimos, para reforzar la representación estudiantil, con Enrique Sarro, quien, junto con Martínez Adame, destacaba entre los estudiantes. El segundo en desertar fue Manuel Gómez Morín, cosa que sentimos mucho, porque era amigo admirado nuestro, y porque le reconocíamos el papel de precursor de los estudios económicos. Pero Manuel siempre tuvo esas altas y bajas de entusiasmo, como que antes de ésta tuve una experiencia semejante. Un año antes de crearse el Fondo, Eduardo Villaseñor y yo convencimos al librero y editor Alberto Misrachi de sufragar los gastos iniciales de una revista económica que, copiando al *Economic Quarterly*, bautizamos *El Trimestre Económico*. Al primero que le pedí una colaboración fue a Manuel, quien me la prometió muy formalmente, y a pesar de los dos meses de plazo que le di, no me la entregó. Para castigarlo, en el primer número de *El Trimestre*, que salió en enero de 1934, apareció con su nombre el artículo “La organización económica de la Sociedad de Naciones”, que yo escribí. Le llevé un ejemplar de la revista y le dije que una de dos, o se aguantaba, o yo hacía en el próximo número una historia de su incumplimiento. En todo caso, sustituimos a Manuel en la junta de gobierno con Jesús



Silva Herzog, quien desde hacía algún tiempo venía predicando con muy buena voluntad las excelencias de la reforma agraria mexicana. Cuando Eduardo Suárez fue nombrado secretario de Hacienda, lo hicimos miembro de la junta de gobierno. Suárez había comenzado su actividad como profesor de derecho del trabajo, cargo al que lo llevó Manuel Gómez Morín cuando fue director de la escuela; al ser nombrado abogado en la Comisión Mixta de Reclamaciones México-Estados Unidos,

Las enseñanzas de don Jaime

MARCELO URIBE

Para Celia

Jaime García Terrés decidió confiarme la secretaría de redacción de esta *Gaceta* cuando yo tenía 22 años. Este acto, en buena medida irresponsable de su parte, contribuyó a definir el camino de mi vida hasta el día de hoy, casi treinta años después. Durante cinco años exactos, hice mes con mes *La Gaceta* al lado suyo, un privilegio que siempre me acompañará. Fui aprendiz en su taller —como lo he sido durante años en el taller de Neus Espresate y Vicente Rojo.

Rodeado de humos de exquisitos tabacos de pipa o de enormes puros, sentado ante una mesa cubierta de libros, diccionarios y revistas abiertos, Jaime García Terrés me hizo cómplice de sus lecturas, de sus descubrimientos en la poesía, de la novela policiaca en que se convirtió su pasión por Owen, de los caminos del Fondo. La riqueza y la generosidad de su saber eran inagotables. Su verdadero dominio de varias lenguas, del slang al Olimpo, hizo de él un traductor ejemplar en poesía y en prosa, y traducir a su lado día con día para las páginas de *La Gaceta* fue siempre un reto y una labor de permanente aprendizaje.

De Seféris y Elýtis a Pound y Lowell, de Villurrutia y Gonzalo Rojas a Basil Bunting y Seamus Heaney, de Ricardo Castillo y Ricardo Yáñez a José Emilio Pacheco y Octavio Paz, *La Gaceta* estaba vertebrada por la poesía —la lista de nombres sería interminable—. De algún modo esto era el reflejo de una vida acostumbrada al diálogo constante con el poema. Las enseñanzas silenciosas y siempre antisolemnes de don Jaime me colocaron en medio del taller del artesano, en la más heterodoxa universidad y en un espacio donde resonaban las voces de los chamanes al lado de la de T. S. Eliot y Gordon Wasson. Su natural y escrupuloso respeto, su incesante inventiva, su curiosidad insaciable y su sentido del humor siempre al acecho hacían que el trato diario con él fuera un permanente estímulo.

Cuando decidí irme de México y dejar *La Gaceta*, Jaime García Terrés me reprendió suavemente. Para él no era el momento, aunque yo estaba seguro de que debía aceptar la oportunidad que se me abría. Mi deuda con él es insalvable, y aunque la tentación de intentarlo es grande, prefiero detenerme aquí pues sé que él me impediría continuar en este momento con un gesto impaciente. 📌

se dedicó al derecho internacional; pero al entrar en Hacienda, lector voraz e inteligente, se puso al tanto de las cuestiones económicas y se interesó realmente por el Fondo. Pero tuvimos otro interés más interesado en atraer a Suárez: que nos diera dinero del tesoro público, o que, valiéndose de su posición oficial, se lo sacara a los empresarios privados. La junta así constituida duró dieciséis años, sin más retoque que la salida en 1947 de Enrique Sarro, y el ingreso de Ramón Beteta, a quien llamamos por razones semejantes a la entrada de Suárez.

La verdad de las cosas es que nos sentíamos satisfechísimos de esta primera etapa de nuestra hazaña: habíamos dado con la forma jurídica justa; no tendríamos nada que ver con el manejo de los dineros, confiados a toda una institución bancaria; nosotros quedábamos encargados sin restricción ninguna de los aspectos técnicos de la empresa; en fin, le aseguramos una completa independencia, pues claramente establecimos que los fideicomisos se harían incondicional e irrevocablemente, es decir, que ni el gobierno ni los particulares podían decirnos doy dinero si ustedes hacen tal o cual cosa, ni tampoco que pudieran retirar sus aportaciones si desaprobaban lo que estábamos haciendo. Todo esto nos parecía no sólo bien, sino excelente; pero ¿dónde se encontraba el dinero con que podíamos iniciar siquiera la actividad editorial? Emigdio Martínez Adame, en ese momento director de Egresos, consiguió del ministro de Hacienda, Marte R. Gómez, cinco mil pesos, y Eduardo Villaseñor, que ya tenía algunos contactos con lo que hoy se llama el “sector privado”, obtuvo mil del Banco Nacional de México, una brillante victoria, pues ese banco y sus directores, como los otros bancos y sus respectivos dirigentes, han sido siempre tacaños, y más, por supuesto, tratándose de una empresa intelectual y no propiamente caritativa. Esta suma de dinero no era entonces despreciable, pero sí del todo limitada. De allí que, a más de proseguir arrancando nuevos dineros a todo aquel que se descuidara, discurrimos dedicarnos a la venta de libros extranjeros de economía. En aquella época, los dos librerías establecidos, la American Book Store y la Central de Publicaciones, traían poquísimos libros ingleses o norteamericanos de economía; pero en todo caso acostumbraban recargar el precio marcado por el editor, con un veinte o veinticinco por ciento. Nosotros los vendimos traduciendo el precio en libras o dólares al peso mexicano según el tipo de cambio del día, y nos las averiguamos para reducir nuestros gastos generales al mínimo, de modo que, del descuento del treinta por ciento que nos daba el editor extranjero, nos quedara libre, como utilidad, el veinte. La idea tuvo tal éxito, que comenzaron a desaparecer de nuestros estantes un libro y otro, sin que jamás lográramos pescar a ese economista tan bueno, que economizaba el costo de los libros con que cultivaba esta nueva especialidad. El hecho es que en enero de 1935 apareció nuestro primer libro, *El dólar plata* (¡traducido por un poeta!), y que de allí seguimos hasta hacer del Fondo una editorial de enorme prestigio, que prestó un servicio señalado a la educación y la cultura de México y de todos los países de habla hispana. Valdría la pena hacer su historia, pues el libro que la recogiese resultaría sumamente aleccionador. Y creo que nadie podría escribirla mejor que yo, pues aparte de los trabajos preparatorios a su nacimiento, fui su director durante los primeros dieciséis años de su vida, es decir, durante su largo periodo de formación, al que siguió el de la deformación. Pero aquí se trata de hacer mi propia historia y no las historias ajenas. 📌

Hacia un Fondo de Cultura Universal

ARNALDO ORFILA REYNAL

Desde su nacimiento, el FCE ha tenido un pie en México y otro en el resto del mundo de habla hispana. Las obras que han salido de sus prensas buscan de manera natural al lector latinoamericano y español. Pero también dentro de la casa el peso de los nacidos más allá de nuestras fronteras ha sido enorme. Reproducimos aquí un fragmento de las conversaciones que el segundo director de la casa sostuvo con Alejandro López López en 1987 para un programa en Radio Educación, uno de cuyas partes apareció en *Arnaldo Orfila Reynal. La pasión por los libros. Edición homenaje*, que en 1993 publicó la UdeG. Lección de olfato editorial y de astucia, estas páginas son también un recorrido por la etapa de mayor expansión que ha vivido la casa

Un día de 1944 se les ocurrió a don Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña que por qué el Fondo de Cultura no tenía una casa en Buenos Aires. Ya hacía diez años que estaba fundado el Fondo en México, por lo que dijeron: deberíamos tener una casa en Buenos Aires. Le escriben a Cosío Villegas y le proponen la idea de fundar una casa argentina del Fondo, le dicen que estoy libre y que sería muy acertado que el Fondo me nombrara su representante en Argentina. Unas semanas después, don Alfonso —porque yo iba casi todos los sábados a su casa— me recibe con la noticia de que recién llegó un cable de Cosío, que dice que viene para Buenos Aires. Y va. Hablamos, nos ponemos de acuerdo y, ¡muy bien!, me nombran representante. Se funda así el Fondo de Cultura en Argentina, en la calle Independencia 802, esquina Piedras, en Buenos Aires, y soy designado su director el 2 de enero de 1945. La casa del Fondo de Cultura era al comienzo la representación de la editorial; empiezan a llegar los “libros naranja”, que les decían, por el color de sus pastas. Pronto era ya la “casa de la cultura mexicana”: mexicano que iba a Buenos Aires se recibía allí, y nos reuníamos con Pedro Henríquez Ureña, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Bioy Casares, que era cuñado de Borges, y con el propio don Alfonso, que era el embajador mexicano. Teníamos una amistad muy íntima con todos ellos. Estábamos vinculados con todo el grupo intelectual de México: con los intelectuales que llegaban organizamos charlas, encuentros, conferencias. Va Yáñez. Va Reyes Heróles, a hacer su tesis de doctorado en Buenos Aires, y nos visitaba todas las tardes; nos hicimos grandes amigos. Y todos alrededor de don Alfonso, que era muy querido por la intelectualidad argentina.

En 1948, Cosío obtiene la beca Rockefeller para hacer la historia de México, esa grande que hizo en varios tomos, y tiene que dejar la dirección del Fondo de Cultura. Me propone a mí y le dice al consejo de la junta de gobierno —que estaba

muy contento con lo que yo había hecho en los tres años de la casa en Buenos Aires— que sería mejor nombrar un director por dos años, que era bueno que yo conociera la casa editorial de México... Me nombran director —y yo me digo: “qué bueno”—. Me mandan los pasajes y llego el 30 de junio de 1948 a México para hacerme cargo de la dirección del Fondo por dos años. Cuando vine Cosío no le había dicho una palabra a nadie, nada más a la junta de gobierno, pero el personal no sabía nada. Llegamos a Pánuco 63, la casa del Fondo, y no entró él; llamó a Eligio, un muchacho que todavía está de jefe de almacén desde hace 41 años, para decirle: “dile a Muñoz de Cote —que era el gerente— que haga pasar a todo el personal a la dirección”, y él se quedó conmigo, esperando. Era un poco teatral, muy espectacular. Una vez que se reunió toda la gente —eran como 25 personas—, subimos a la dirección; entonces les dice: “Quiero informarles que desde hoy es director del Fondo de Cultura don Arnaldo Orfila Reynal, que viene de Buenos Aires.” Nadie sabía que iba a dejar de ser director, nada les había dicho. Joaquín Díez Canedo, que era el vicegerente de producción, se rió y los demás se quedaron sin decir media palabra. Así era Cosío, muy espectacular.

Es una época en donde el Fondo de Cultura edita libros de economía y sociología sobre todo —creo que había también algo de historia—. Yo empecé a incorporar filosofía, más sociología, incorporo después Letras Mexicanas, Lengua y Estudios Literarios, algunas historias particulares, Tezontle ya existía... El hecho es que se me permite una gran expansión: propongo colecciones, la gente estaba bien dispuesta conmigo, tuve gran apoyo de la inmigración española que llegó en 1938 y 1939, entre ellos José Gaos, Eugenio Ímaz, José Medina Echavarría, Wenceslao Roces, Adolfo Salazar, en fin, toda esa pléyade de notables que se hacen amigos míos; Eugenio Ímaz —¡un personaje estupendo!— no estaba cuando llegué, pues se había peleado con Cosío y se fue a Venezuela, pero yo lo hice volver, porque había demostrado ser extraordinario, gracioso, serio, crítico: un gran amigo y compañero.

En 1950 le renuevan la beca a Cosío y me nombra la junta de gobierno para otros dos años al frente del Fondo. La junta de gobierno era muy amistosa conmigo; eran gente muy importante: el presidente era siempre el secretario de Hacienda, creo que cuando yo vine en 1948 era don Eduardo o Beteta; después don Eduardo Suárez y después Antonio Ortiz Mena. Es el último el que me echa. [...]

De modo que ya estaba vinculado a una editorial que quiere expandirse, que acepta con gran entusiasmo cuando digo lo de Letras Mexicanas, que tuvo una gran resonancia en toda la ciudad y el país. Gracias a esa colección descubro a gente como Rulfo. Soy yo quien lo recibe; me acuerdo que entra tímidamente, acompañando a José Luis

Para decidir qué publicar se debe tener una cierta concepción general de la ciencia y de la cultura. Yo no soy filósofo, ni soy matemático, ya ni siquiera soy químico; me oriento con las lecturas y con las revistas, o conociendo las corrientes intelectuales europeas y las que predominan en América, lo que le interesa a la juventud. Uno va olfateando los caminos para ver por dónde se orienta

Martínez. Me lo presenta José Luis y me dice: “éste es un joven escritor que tiene un libro de cuentos muy interesante: *El llano en llamas*”, y Rulfo se sentó ahí muy quietito, no hablaba casi nada y me dejó su libro, y se lo publiqué. Comencé la colección Letras Mexicanas con un libro de don Alfonso Reyes, otro de Arreola, uno de Torri, el otro de Rulfo: *Pedro Páramo*, el de José Luis Martínez; a Fuentes le publiqué sus primeros libros: *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*. En fin, sigue la colección y me vinculo muy pronto a la vida intelectual mexicana porque le doy más proyección mexicana al Fondo que la que tenía —antes era muy cerrada en la economía y la sociología.

Ya en 1951 o 1952 le hago una propuesta a la junta de gobierno, a la que le digo: “Hay un escritor cuya obra debe reunirse; es don Alfonso Reyes, el escritor más sólido de México”, y hago la presentación de las cosas, planteando el proyecto de hacer diez tomos por lo menos. Aceptó la junta que presidía don Eduardo Suárez, y en ella estaban Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor, Martínez Adame, García Reynoso. Entonces íbamos Laurette y yo, casi todos los sábados, a casa de don Alfonso. Voy y le digo: “Don Alfonso, ayer la junta aprobó mi proyecto de publicar sus obras completas.” Se levantó, se emocionó mucho y vino a llorar, a llorar en mi hombro, y me dice: “Tenía que venir un argentino para que me publicaran mis escritos.” Él quería mucho a Argentina, estaba enamorado de dos o tres mujeres de Argentina y era muy argentinófilo, incluso más que yo.

Los Breviarios fue uno de mis grandes éxitos, porque lo que más me peleaban es que le tenían miedo. Yo pedí que me dieran autonomía para actuar un año: si al año la colección no funcionaba, yo renunciaba. En efecto, salió Breviarios y tuvo éxito: empecé con cuatro mil ejemplares y pronto llegué a diez mil porque salían todos muy rápidamente. Ahí me ayudaba muchísimo Ímaz, que era de los grandes emigrados españoles: filósofo, gran persona, gran amigo. Para decidir qué publicar se debe tener una cierta concepción general de la ciencia y de la cultura. Yo no soy filósofo, ni soy matemático, ya ni siquiera soy químico; me oriento con las lecturas y con las revistas, o conociendo las corrientes intelectuales europeas y las que predominan en América, lo que le interesa a la juventud. Uno va olfateando los caminos para ver por dónde se orienta. Así fue lo de Letras Mexicanas, que tuvo tanta resonancia inmediata, porque, ¿cómo México, que era un país productor de escritores, no tenía una colección literaria? Había tenido a fin de siglo y principios de éste distintas editoriales, pero que el Fondo no la tuviera siendo ya una editorial importante no era explicable, por lo que se recibió entonces con gran entusiasmo. Empiezo la colección Breviarios con una historia de literatura griega de Bowra y sigo con distintas disciplinas: filosofía, historia,

antropología, crítica literaria, literaturas clásicas, etcétera; entonces todo eso da una versión del Fondo, que hace cultura, ya no económica sino ahora cultura universal.

Cuando se dio esta apertura, no había otra editorial. En ese momento ya la Universidad publicaba, pero de hecho había un vacío editorial. Estaban los Porrúa, que publicaban también, no tanto como ahora pero publicaban. Y había algunas editoriales españolas, como Aguilar. Pero el dar desde México unas colecciones nuevas con autores nuevos de occidente, traducciones del alemán, el inglés, el francés, el italiano y el portugués, fue una gran apertura para toda América, que recibió esto con mucho entusiasmo; por eso es que tuvo trascendencia mi modesta expulsión del Fondo en toda América, porque América había recibido con mucho agrado la presencia de los libros del Fondo, que era una editorial auténticamente latinoamericana y que no era mexicana puramente. Entonces se extendió en todo: yo viajaba todos los años a Brasil, Perú, Venezuela, Ecuador, a todas partes y a Europa para ponerme en contacto con las universidades, con los profesores, daba alguna charla; entonces se hizo más continental la editorial. Generaciones enteras se educaron en muchas disciplinas a través de los libros del Fondo de Cultura, por eso fue que, cuando sale la noticia de que me separan a mí del Fondo, tuve la suerte, la fortuna de que tuviera eco, porque salió la noticia en periódicos de Brasil, de Montevideo y Buenos Aires, de Perú, de Venezuela, y fue noticia como si yo hubiera sido una cantante de tango.

Uno de los éxitos de calidad de la colección Breviarios fue el libro sobre la *paideia* y los ideales de la cultura griega; la traducción apareció en 1954 me parece, o tal vez en 1956, y fue

En torno a la gran biblioteca en movimiento

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

En julio de 1987 entré a trabajar al FCE y de inmediato a la redacción de *La Gaceta*, entonces dirigida por don Jaime García Terrés. Creo que en aquella época *La Gaceta* era una de las mejores revistas literarias hispanoamericanas: en el mejor sentido de la palabra *revista*, es decir, visitar. Junto al formidable apoyo del catálogo de la casa, entonces lleno de novedades literarias, teníamos un equipo, encabezado por Adolfo Castañón, que trabajaba mes a mes en números monográficos, en los cuales yo nací como ensayista. Recuerdo los números dedicados a Eliot, a Kafka, a Borges, a Reyes. Formidables al grado de que llegará el día en que deberán ser piezas facsimilares. En el grupo que hacía *La Gaceta* estaban en ese momento quienes ya entonces eran escritores esenciales: José Luis Rivas, Jaime Moreno Villarreal, Tedi López Mills. También estaba Daniel Goldin, Julio Hubard y desde la Argentina nos apoyaba Alejandro Katz, lo mismo que Héctor Subirats en España. Y antes habían pasado por allí David Huerta y Marcelo Uribe. Aquella *Gaceta* circulaba mucho en el mundo hispanoamericano, era codiciada en Lima, Buenos Aires, Madrid, La Habana. Parece que estoy hablando de otro siglo. En efecto, era otro siglo: aquel en que la literatura era considerada, antes que por su valor comercial, como una forma superior del espíritu. Nunca nos ocupamos de *best-sellers* ni hicimos concesiones a la literatura comercial. Estábamos felizmente atados a una gran biblioteca en movimiento, el catálogo del FCE. Tampoco teníamos horarios; nos regía el horario de la literatura. Si era necesario trabajábamos 15 horas, hasta la medianoche. De lo contrario, checábamos y nos íbamos a tomar una cerveza al Veracruz o un whisky al Sanborn's, donde no era difícil sorprender a don Jaime comprándose una corbata. ■

uno de los acontecimientos intelectuales porque no se había traducido, al igual que las traducciones de Heidegger que hizo Gaos o de otras cosas que se hicieron en español por primera vez en el Fondo de Cultura. Heidegger se traduce primero al español que al francés, lo hace Gaos, que además hace otro libro sobre Heidegger —del que se dice que era más difícil que el mismo Heidegger: entre los estudiantes de filosofía corría la broma de que, para leer a Gaos, había que leer primero a Heidegger—. Yo quería mucho a Gaos, pues era un gran colaborador; él, Eugenio Ímaz y Medina Echavarría eran grandes amigos y grandes colaboradores del Fondo. Un año antes de llegar yo se funda en México la Casa de España en una salita del Fondo, cuando estábamos en Pánuco 63, que era una casa porfiriana antigua. Después se traslada hacia donde está El Colegio de México, dirigido por don Alfonso Reyes, y después se hace El Colegio de México, en su edificio de la calle Guanajuato y se transforma todo eso.

El Fondo de Cultura Económica tenía un subsidio de quinientos mil pesos anuales, o sea cuarenta mil pesos mensuales. Aunque fueran pesos de a cuatro por dólar, eran solamente cuarenta mil pesos mensuales, de modo que no era una empresa estatal. Cuarenta mil pesos cualquier periodiquito de alguna secretaría los obtenía; cuarenta mil pesos equivalían a unos diez mil dólares. Yo ganaba dos mil pesos cuando entré al Fondo de Cultura, después me subieron a cuatro y después a seis; quiero decir que era una cosa modesta, se trabajaba modestamente en la casa de calle Pánuco. Éramos 20 personas más o menos, 18 con los correctores, claro que teníamos grandes co-

laboradores: Eugenio Ímaz era corrector de ahí, Arreola por ahí pasó también, Chumacero, Joaquín Díez Canedo fue el director técnico.

Hasta 1965 yo sigo manteniendo la línea que había confirmado el Fondo, ampliándolo; tiene más proyección, recibe mucha gente europea que se incorpora, que va con sus libros hasta que, en 1965, a raíz de todo el momento de Díaz Ordaz, cuando hubo tanta agitación en México, se produce el episodio de la aparición del libro de Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez*. Mientras tanto, Lewis se había hecho amigo de nuestra casa, iba mucho, de modo que nos invitaba a veces a las grabaciones que hacía con la familia Sánchez, que era gente del inframundo, así, pobres, como lo revela el libro. Que lo presento a la junta de gobierno del Fondo que presidía el ministro de Hacienda, y lo aprueba; dijo que era un gran libro. Publico también en los mismos meses el de Wright Mills: *Escucha, Yanqui*, que era sobre la revolución cubana —yo ya me había acercado mucho a la revolución cubana e hice estos dos libros—. Entonces un día en la Sociedad de Geografía y Estadística va Díaz Ordaz a una cena y le preguntan: “Señor presidente, entendemos que el Fondo de Cultura es una editorial paraestatal y está publicando libros que denigran a México y favorecen la revolución socialista.” “¿Qué?”, pregunta el presidente. “*Los hijos de Sánchez* es un libro que muestra la pobreza de México y nos denigra a todos y esto está hecho por una editorial que dirige un extranjero, un argentino —le dicen—; nosotros pensamos que debía de expulsársele del país.” Y Díaz Ordaz les dice: “Si así lo piensan, háganlo.” 



Primeros pasos

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA

Hemos tomado este fragmento de *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, el sustancioso volumen que Díaz Arciniega preparó hace poco más de una década, cuando festejábamos nuestro sexagésimo aniversario. Aunque la fecha que celebramos corresponde al día en que se constituyó el fideicomiso que daría forma jurídica a la empresa, la verdadera siembra editorial no tiene fecha precisa. Aquí recorreremos aprisa los meses alrededor de septiembre de 1934, para así apreciar las afortunadas circunstancias del parto: de la poética traducción de un texto de economía al primer saqueo por parte de los impresores pirata

Durante los primeros cinco años de operaciones propiamente editoriales del Fondo de Cultura Económica se enfrentaron situaciones complicadas; no se logró cristalizar el deseo original que los fundadores habían acariciado en aquellas conversaciones y que Cosío puso por escrito y presentó a los editores españoles; prácticamente nada de esos 50 títulos —de los que no hay registro— se pudo editar. La condición económica era restringidísima y, por lo tanto, en forma inmediata lo más que se pudo hacer como editores, en sentido estricto, fue continuar con la publicación de *El Trimestre Económico*, que hasta febrero de 1937 conservó Alberto Misrachi; entonces, con mil pesos se le compraron todos los números atrasados —del 1 al 11—, el que estaba en prensa —12— y los derechos; Villaseñor fue el encargado de hacer el trámite que alivió a Misrachi.

Así, mediante *El Trimestre*, Cosío y Villaseñor —sus directores— se fueron adentrando en los aspectos técnicos de la producción editorial y de su comercialización, aparte de cuidar todo lo relacionado con el contenido. Fue debido a esas tareas que se conocieron Cosío y José C. Vázquez, entonces regente de la Imprenta Mundial, situada en Miravalle número 13, cuyo propietario era Rafael Quintero —uno de los fundadores de la Casa del Obrero Mundial—. Cosío llegó a la Imprenta Mundial a solicitar los servicios para los libros del FCE; antes hacía *El Trimestre* en los Talleres Gráficos de la Nación, hasta que dejó de interesarles. De aquí se pasó a la imprenta Artes Gráficas Comerciales, por el rumbo de Lecumberri, a la que el FCE había prestado muchos tipos móviles y de linotipo para hacer la revista, así que necesitaba de alguien que se encargara de cuidar todo. Después de un intercambio de ideas, desde entonces el maestro Vázquez se hizo cargo de la impresión de la revista y de otras muchas actividades relacionadas con los talleres gráficos. Poco más tarde, desde diciembre de 1936, todos los trabajos los pasaron a la Imprenta Mundial.

Hasta enero de 1938, o sea hasta el número 16 de *El Trimestre* —del que se ocupó enteramente Cosío—, la revista venía

mostrando tropiezos significativos: tenía sólo 29 suscriptores, 14 en canje y 24 obsequios; muy pocos anunciantes que, para colmo, tardaban mucho en pagar; costos altos en producción, impresión y papel; y competencia ante otras revistas especializadas que reducían sensiblemente el mercado. Era conveniente modificar *El Trimestre* con más pliegos, mayor extensión y profundidad de las colaboraciones y amplitud en las reseñas.

En medio de circunstancias similares, entre septiembre de 1934 y principios de 1937, el Fondo fue tomando forma conforme avanzaban las tareas, siempre sujetas a la estrechez económica. Por ejemplo, el primer libro que se hizo, *El dólar plata* (1935) de William P. Shea, se eligió no sólo por su contenido (abordaba el candente tema del papel moneda), sino también por varias razones: era un volumen pequeño sin demasiados términos técnicos, cosa que agradó mucho a Salvador Novo, su traductor. La producción se hizo en casa; Cosío se improvisó como editor, su esposa Emma como correctora y en los Talleres Gráficos de la Nación se hicieron cargo de la producción e impresión. Algo similar ocurrió con el segundo libro, el *Karl Marx* (1935) de Harold Laski, traducido por Antonio Castro Leal.

Circunstancial y aun sorpresivamente, el libro de Laski enfrentó al FCE a una realidad entonces insospechada y que, durante muchos años, ha padecido: la “piratería” editorial, pues en 1936 y en las lejanas tierras de Santiago de Chile apareció una edición fraudulenta del libro. ¡Qué extraño! ¡Se habían publicado dos libros, cuyos tirajes estaban prácticamente en el almacén, y uno de ellos lo “piratearon”! Quería decir que el libro era bueno y que el tema interesaba. Ante el hecho, se procedió con los trámites jurídicos de rigor. Pero queda la sospecha de no haber obtenido nada, porque desde siempre la “piratería” editorial ha sido un asunto delicado, costoso, complejo y frustráneo.

A partir del nombramiento de Cosío Villegas como director, en el Fondo comenzó a haber orden; la junta se guiaba por un protocolo —de algún modo hay que designar sus normas— elaborado por Cosío. Así, abolida la desorganización de los primeros 20 meses del FCE, el director llevaba la voz cantante ante la junta; solicitaba a sus miembros propuestas y dictámenes de libros, traducciones, traductores, prólogos y prologuistas; sometía a su consideración los planes editoriales del año venidero: obras, autores y temas, y la propuesta específica de libros, como los poemas *El payaso de las bofetadas* y *El pescador de caña* (1938) de León Felipe, o el par de conferencias de Aníbal Ponce, *Dos hombres: Marx y Fourier* (1938), prologadas por Silva Herzog; proponía la compra de, por ejemplo, tipos, papel, derechos de autor y el establecimiento de, también como ejemplo, convenios para la venta de libros y revistas, distribución nacional e internacional; sugería planes

Circunstancial y aun sorpresivamente, el libro de Laski enfrentó al FCE a una realidad entonces insospechada y que, durante muchos años, ha padecido: la “piratería” editorial, pues en 1936 y en las lejanas tierras de Santiago de Chile apareció una edición fraudulenta del libro

En la Imprenta Madero

JAIME MORENO VILLARREAL

Jaime García Terrés pedía que *La Gaceta* se rediseñara cada año. En enero de 1987 habló con Vicente Rojo. Aunque don Jaime sabía que Vicente tenía ya el firme propósito de dejar el diseño para dedicarse exclusivamente a pintar, esperaba que, aunque éste le diera un no, le sugiriera una opción. Rojo propuso a Germán Montalvo, uno de los jóvenes que se formaron con él en la Imprenta Madero. Germán colocó una enorme g en la portada, en torno a la cual se organizaría la información gráfica. Fue con ese nuevo diseño con el que yo comencé a editar *La Gaceta*, a donde llegué por invitación de Adolfo Castañón y Alejandro Katz.

La Gaceta llevaba por entonces el sello de Imprenta Madero y Magnetipo, empresa asociada que se ocupaba del diseño y la fotocomposición. Con ellos se habían hecho *Vuelta* y *Nexos* en algunas de sus etapas, *Artes Visuales*, la *Revista de Bellas Artes* y *México en el Arte*, entre tantas publicaciones. En 1987 salían de sus talleres la *Revista de la Universidad* y la joven *Pauta*, así como la diagramación del suplemento *La Cultura en México*, las tres publicaciones diseñadas por el cordial e ingenioso Bernardo Recamier, quien era, como se decía, parte del inventario de la empresa. En el piso superior del edificio se hallaba todavía la editorial Era. La cantidad de libros, revistas, catálogos y carteles de toda índole que salía de aquella nave de Avena 102 hacía de sus talleres y oficinas, amplios, bien iluminados y abastecidos de mesas de trabajo, un lugar de encuentro entre editores, intelectuales y artistas como no ha habido otro en México.

El diseño editorial se hacía todavía sobre papel, se diagramaba con escuadras, se armaba sobre machotes con tiras tipográficas fotocopiadas, mientras que las correcciones se pegaban sobre los cartones con ayuda de una navaja. No menos de ocho pegadores trabajaban de tiempo completo en los restiradores de Madero. Durante el año que hice *La Gaceta*, compartí responsabilidades con una diseñadora talentosa, Adriana Esteve, que tenía esa virtud que un editor

aprecia tanto: leía los textos. Comenzamos juntos a trabajar para *La Gaceta*, y pronto ella fue convocada por la gerencia editorial del Fondo para realizar la *Iconografía* de Alfonso Reyes, trabajo que le mereció en su escritorio una cálida felicitación de Raquel Tibol.

Recuerdo a Tibol yendo y viniendo con pruebas en la mano, a Carlos Monsiváis sentado por la tarde en *tête-à-tête* con Bernardo Recamier revisando planas, las vigorosas conversaciones de Mario Lavista quien me introdujo por entonces a la música de Conlon Nancarrow, a José Luis Rivas quien aprovechaba los tiempos muertos de la labor editorial para traducir a Saint-John Perse antes de ir juntos a comer camarones al cercano Salón Berlín, a Juan Villoro discutiendo de fútbol e imitando a Ángel Fernández, a Juan José Gurrola enfundado en largo abrigo negro y pronunciando un inglés perfecto a la menor provocación, a Pablo Ortiz Monasterio repitiendo con esmero los duotonos de la colección Río de Luz del FCE, las lecturas en voz alta que hacía Héctor Orestes Aguilar de las galeras de la *Revista de la Universidad*, la aureola de perfume Poison que encerraba a Martha Chapa quien producía ahí sus libros de cocina, a la traductora aliada de *La Gaceta* Selma Ancira hablando muy en alto por teléfono en ruso, y el día en que, mientras revisábamos galeras con Alejandro Katz, nos anunciaron que el gobierno de la república le había otorgado a *La Gaceta* el Premio Nacional de Periodismo.

Con todo, mi mejor recuerdo de la imprenta es de una total simpleza. Un día sí, otro no, cruzaba Vicente Rojo hacia los talleres de fotomecánica. Ya no hacía, en efecto, trabajo de diseño. Pero cierta vez bajó de Era con sus avíos, desplegó sus papeles sobre la mesa central del mezanine, atrajo una silla y sin apartar la vista comenzó a trazar. Para mí, que estaba casi a su lado, era la oportunidad de observar el trabajo de la cabeza de la escuela de publicaciones culturales en México. Me conmovió ver cómo tomaba las tijeras y se ponía a recortar. 📄

de actividad cultural y promocional, como el establecimiento de un ciclo de conferencias para divulgar conocimientos y tratar de captar originales susceptibles de publicación; exponía los resultados de una encuesta entre 10 especialistas a los que se les preguntaba sobre qué obra de Marx y sobre su filosofía sería conveniente publicar.

Asimismo, Cosío puso en orden el almacén —se hizo un inventario— y la producción —se establecieron cuotas fijas en los costos de traducción, revisión, corrección, edición—. A esto se debe sumar su cuidadoso cumplimiento de los horarios de trabajo y de los calendarios de producción; para 1938 se propuso la meta de producir un libro al mes, aunque tropezó con que el traductor, o el prologuista, o el impresor, o todos juntos se retrasaban. Hacia abril de 1938 esto se agudizó más, debido a que Rafael Quintero vendió la Imprenta Mundial a sus trabajadores, los cuales se organizaron en algo así como una cooperativa. El caos no se hizo esperar: las pasiones suscitadas por la

guerra civil en España se expresaban en prolongadas, aguerriadas y bizantinas discusiones. La Imprenta Mundial pronto comenzó a venir a menos.

El núcleo y centro rector de todas estas actividades serían los propósitos culturales y de difusión de la ciencia económica, lo que se traslapaba con aspectos sociales, políticos e históricos que no se dejaban de considerar. Así lo demostraba el plan editorial para 1938. Mas los propósitos se fueron ensanchando. Por ejemplo, con motivo de la publicación de las conferencias de Aníbal Ponce, surgió de la junta la propuesta de crear una serie editorial dedicada a biografías de sociólogos; también hubo ofrecimientos, como el de Silva Herzog, para coordinar un libro colectivo sobre la situación económica mexicana de los últimos diez años, que cristalizaría en su *Historia del pensamiento económico-social* (1939). De esta manera, el proyecto original adquiriría un nuevo perfil y se orientaba hacia horizontes más amplios. 📄

Satisfacer una vaga esperanza

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Poeta con voz propia y con voz al servicio de quienes escribieron en otras lenguas, Bonifaz revela en este breve texto su acercamiento como autor de versos al FCE. Es motivo de alegría que nuestra casa haya estado cerca de él durante el medio siglo transcurrido entre ese audaz lance de escritor en ciernes y la vastedad literaria que hoy encuentran los lectores del escritor veracruzano

Había yo terminado, con apoyo del entonces Mexico City Writing Center, lo que iba a ser, tiempo después, la primera parte de mi libro *Imágenes*. Llevé los versos al juicio de mi maestro Agustín Yáñez, de quien recibí una de sus grandes lecciones; allí me explicó que lo que yo le presentaba no era un libro, sino un conjunto de poemas; me apliqué a revisarlo para darle la unidad que él exigía, y lo hice hasta recibir su aprobación.

Aquí comienza mi relación con el Fondo de Cultura Económica. Era el año de 1952. Publicar en el Fondo era, para mí, para los que a la sazón compartíamos la decisión de ser escritores, algo así como una esperanza vaga. Considerábamos eso como la definitiva consagración a que todos aspirábamos. Además, estaba recién establecida la colección Letras Mexicanas, aquellos maravillosos libritos encuadernados en telas de colores diferentes, y vestidos con camisas blancas ilustradas por artistas notables.

Me decidí; tomé el libro aprobado por Agustín Yáñez, y fui

al Fondo de Cultura Económica. Hablé con Joaquín Díez-Canedo, entonces para mí desconocido. Nuevo tropiezo. A pesar de su buena intención, él me hizo ver que lo que le llevaba no era suficiente para ocupar un volumen entero. En ese tiempo, tenía yo publicadas algunas cosas; un par de cuadernos en las series de Los Epígrafes y Los Presentes; algunos versos aparecidos en revistas como *Metáfora* o *México en el Arte*. Todo eso lo junté con piezas inéditas; era un mantón. Se lo lleve a Díez-Canedo. Lo aprobó. En 1953 apareció mi libro *Imágenes* en aquella colección iniciada por Alfonso Reyes. Me tocó el número 8; la tela de la encuadernación era color de rosa; Juan Soriano ilustró la camisa.

Para mi segundo libro, *Los demonios y los días*, no hubo ya problema alguno; Alí Chumacero lo recibió con magno encomio. “Está bien mecanografiado”, me dijo. Salió de las prensas en 1955, en la colección Tezontle, con viñeta de Ricardo Martínez. Fueron 500 ejemplares.

Ésas fueron mis primeras experiencias con el Fondo de Cultura Económica; así se han prolongado durante los años de mi vida; siempre he encontrado allí la misma condescendencia, la misma abierta generosidad. El Fondo ha publicado, desde entonces y en las mismas Letras Mexicanas, la mayoría de mis libros de versos; finalmente, reunida en dos volúmenes, ha dado a la luz la casi totalidad de cuanto en esa forma he escrito.

Sólo gratitud puedo manifestar a esa casa editorial; a ella le debo y le deberé todo lo que, como poeta, haya podido o pueda alcanzar. 

Entrando en el fuego del FCE

ADOLFO CASTAÑÓN

El abanico de vínculos entre Castañón y el Fondo es mucho más amplio de lo que cabe en este epígrafe: traductor, prologuista, editor —en todas sus acepciones—, funcionario, mentor. En estas líneas lo vemos acercarse a la casa con el ímpetu del lector voraz y descubrir el personalísimo placer de revisar obras que no están llamadas a convertirse en libros impresos

Con las regalías de mi primer libro realizado por encargo para una editorial que lanzaba cada semana títulos de gran tiraje, pagué un viaje sencillo a Europa y Medio Oriente que duró casi un año. Al regresar de ese *grand tour*, me reintegré a la Facultad de Filosofía y Letras. Ahí, luego de dar una clase-conferencia sobre san Juan de la Cruz, en el curso de la maestra Dolores Bravo, se me acercó la escritora Paloma Villegas, quien me su-

girió que, si deseaba yo trabajar en una editorial, fuera a visitar al poeta David Huerta al FCE. Acepté la invitación y me presenté unos cuantos días después en su oficina de *La Gaceta* del Fondo en avenida Universidad. En cuanto me presenté, David Huerta me invitó a colaborar con el FCE, en el primero de los innumerables proyectos que luego me tocaría llevar adelante, animar o aun dirigir —a pesar de que mi vena anarca siempre ha sido refractaria a cualquier tipo de dirección formal.

Luego de haberlo consultado con el poeta y diplomático Jaime García Terrés a la sazón subdirector general, el autor de *El jardín de la luz*, para entonces miembro del consejo de redacción del suplemento *La Cultura en México*; animado por Carlos Monsiváis, me preguntó cuántos libros era yo capaz de leer al día. Era preciso desahogar la lectura de un montón de manuscritos que habían llegado a la editorial para el Concurso de Primera Novela que la editorial estaba organizando en el

marco del 40 aniversario. “Uno o varios, depende”, le respondí. Es verdad que yo tenía cierta práctica pues, desde hacía por lo menos siete años, me había yo inventado la insensata disciplina de leer un libro diario o más y para ello me forzaba a pasar de claro en claro al menos una noche a la semana, según he contado en el “Autorretrato de un artista adolescente” con que cierra el poema autobiográfico *Recuerdos de Coyoacán*. De modo que acepté el encargo de leer el mayor número de novelas posible y de hacer para cada una un informe de lectura. Leí, leí y leí, ante la mirada incrédula y luego fastidiada y luego de nuevo incrédula de mi esposa Marie recién llegada de Francia y de mi familia. Ahí descubrí el placer incomparable de leer manuscritos que muy probablemente no serían publicados.

Quiso la suerte que entre las novelas que recomendé a la editorial para que a su vez las revisara el jurado compuesto por Juan Goytisolo, José Miguel Oviedo, Ramón Xirau, Carlos Fuentes y el propio Jaime García Terrés estuviera la novela de Luis Carrión Beltrán, *El infierno de todos tan temido*, que ganaría el primer premio, y la del cubano Matías Montes Huidobro, *Desterrados al fuego*, que obtendría una mención. Yo llevaba una esponjada melena y pantalones de terciopelo rojo y calzaba suecos de cuero y madera. Pesaba 71 kg, sabía manejar automóviles y tractores, algo que aprendí en Israel durante la guerra de Yom Kipur. No había concluido mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras. Mi único mérito era que sabía leer y escribir, releer y reescribir en tres idiomas, consultar enciclopedias y diccionarios y que para mis 23 años había yo leído muchos autores y libros de todo tipo.

El día en que se celebró el 40 aniversario de la editorial, David Huerta me presentó con los miembros del jurado que ahí estaban Goytisolo, Oviedo, Xirau y con algunos otros amigos de la casa, incluyendo, por supuesto, al propio Jaime García Terrés, al cual, en esos momentos, todavía no había tratado de cerca. Entre ellos estaba Ernesto Mejía Sánchez quien, ante los amigos, me agarró de la melena diciendo así co-

De tin marín

MARTÍ SOLER

Ante mi fracaso en la Facultad de Arquitectura, el amigo Manuel Andújar, entonces gerente de promoción del Fondo, se mostró ante mi padre dispuesto a darme trabajo. Yo acababa de dejar empleos que rondaban los mil pesos de sueldo, y aunque Manolo era alguien muy querido, su oferta de sueldo no me pareció adecuada, ante el enojo de mi padre, que no veía mi actitud con buenos ojos. Pero no di mi brazo a torcer.

¿Qué sucedió? ¡Oh, maravilla! Que Manolo llamó y nos informó que aunque en su departamento no podía ofrecerme el salario que yo pretendía, en cambio Joaquín Díez-Canedo, en el suyo, o sea en lo que entonces se llamaba Departamento Técnico, sí podía.

Nunca me he explicado el asunto, pero desde luego que marcó un cambio de rumbo en mi vida, pues pude dedicarme a la hechura de los libros, para lo que yo sentía que tenía más vocación que para un área como la de promoción y publicidad.

Así me integré al Fondo en 1959. Tal es la razón de que aparezca en múltiples colofones de esa época. Nada como estar en los *Tratados* del padre Las Casas o aunque fuera en aquel libro, el primero que revisé, que era un tratado italiano de economía política en dos tomos de un señor Bresciani-Turroni. ¡Quién sabe cómo me atreví a revisarlo y a corregirlo! 📖

mo: “Les presento a uno de los pocos lectores de Frazer en México.” Mejía Sánchez tenía razón: *La rama dorada* me había servido de almohada y de alimento desde las agrias jornadas de 1968 y 1971. 📖



El jardín de la letras

JULIÁN MEZA

El FCE ha sido un fértil lugar de encuentro: de los lectores con las obras, de los autores con otros autores

Mi primer contacto con el Fondo de Cultura Económica fue (es obvio) un libro. Aunque en ese momento las siglas de esta casa editorial no me decían nada, ese libro iba a ser para mí definitivo. Se trataba de la tercera edición de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Me lo regaló un amigo, un ingeniero civil devorador de libros. Desde entonces el FCE se convirtió para mí en un jardín de las letras, cuyas avenidas he frecuentado. Primero fue exclusivamente la literatura. Ahí descubrí a Octavio Paz. Luego incursioné, sin éxito, en la economía. Cuando estudié en la Facultad de Filosofía y Letras frecuenté su colección de filosofía y los Breviarios. Más tarde le llegó su turno a la historia. Hasta aquí mi relación con el Fondo desde afuera.

Mi relación con el interior ha sido intermitente. Estuve

muy cerca del FCE cuando fue su director Jaime García Terrés. Nunca traté a don Jaime, pero sí a algunos de sus colaboradores más cercanos. En particular a mis amigos Francisco Hinojosa y José Luis Rivas. Luego vino un largo periodo en que mi relaciones con el FCE fueron escasas. Muy de tiempo en tiempo publiqué en *La Gaceta* y presenté algunos libros de amigos míos. Entre otros *Pequeña crónica de grandes días* de Octavio Paz y *El pasado de una ilusión* de François Furet.

Hoy mi relación con el Fondo es más estrecha que nunca. Su directora le ha dado una dinámica que hace tiempo no tenía. Algunos amigos míos trabajan con ella. Otros publican. Da varias maneras me siento muy cerca de este proceso en que, como el ave fénix, el FCE ha renacido, para fortuna de los lectores mexicanos, tan cerca de España y tan lejos de los libros que allá se publican. Ojalá algún día sea editado por el Fondo el gran escritor checo Bohumil Hrabal, cuya obra ha sido descatalogada por la editorial española que lo dio a conocer. 

Penetrar en el tiempo pasado

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA

Explorador del corazón geográfico y simbólico del México prehispánico, Matos Moctezuma ha sido lector, autor, editor —eso son los miembros de un comité editorial— del FCE. Aquí hace arqueología en su propia memoria

Mi primer contacto con el Fondo de Cultura Económica fue cuando, allá por 1957, mi padre nos regaló una colección de los Breviarios entre cuyos títulos estaba el de *Los rollos del mar Muerto*, que de inmediato llamó mi atención, y *La filosofía*, de Karl Jaspers, en traducción de José Gaos. Para qué decir que me incliné más hacia el primer tema sin dejar a un lado el segundo de ellos. Quizá fue el interés por el pasado que había vivido desde que mi madre, cuando yo tenía ocho años de edad, nos dormía a mi hermano y a mí leyendo partes... ¡de *El origen de las especies* de Darwin! O quizá se debió a las pláticas que mi padre nos daba durante las comidas hablando de historia y otros tópicos similares.

Pasó el tiempo. Durante mi carrera en la Escuela Nacional de Antropología fueron muchos los libros que tuve que leer. Por fortuna contábamos con las ediciones del FCE: fuentes históricas, autores contemporáneos, en fin, un sinnúmero de documentos y datos acumulados en otros tantos libros a los que se podía acceder sin menoscabo de acudir el domingo al cine. El pasado se hacía presente a través de ellos.

Un día llegó la oportunidad de que el Fondo publicara algo mío. Fue la reedición de un librito que ya contaba con edicio-

nes anteriores en otras editoriales: *Muerte a filo de obsidiana*. El tema de la muerte en el México prehispánico siempre me atrajo. Al poco tiempo le siguió otro: *Vida y muerte en el Templo Mayor*... y otro más: *Vida, pasión y muerte de Tenochtitlan*. Entre tanta vida y muerte publiqué en la Colección Fondo 2000 *La piedra del sol*. En este momento preparo otros dos títulos con El Colegio de México y el FCE. Sacar libros con el Fondo lleva la garantía de que habrá una buena edición, una buena distribución y un magnífico trato. Personas como María del Carmen Farías son parte de la editorial y nos brinda amistad y guía.

Mi contacto con el Fondo viene de años atrás. Formé parte del Comité de Historia y Antropología desde que la sede de la editorial se encontraba en avenida Universidad. He realizado presentaciones de obras como la estupenda serie de códices mesoamericanos editados por esta casa. En fin, siento que, en buena medida, los libros aquí publicados me ayudaron a formarme y siguen enriqueciendo mi conocimiento.

Soy un simple buscador del pasado. A veces lo encuentro, otras veces no. El tiempo ido me atrae, me subyuga. Un día dije que los arqueólogos tenemos el poder de dar vida a lo muerto, de penetrar en el tiempo pasado. También lo hacen los poetas. Al fin y al cabo, algo en común deben de tener arqueología y poesía desde aquel momento en que a Dante y Virgilio les fue concedido bajar al mundo de los muertos. Los arqueólogos estamos, cotidianamente, frente a frente con el rostro de la muerte... Ése es nuestro quehacer. 

Lecturas de formación

JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

Que el libro tenga forma de ladrillo no es casual, pues con él se construye uno mismo. En el recuerdo de la historiadora de El Colegio de México y ganadora del Premio Nacional de Ciencias y Artes en 1999, las obras del Fondo son elementos constructivos, tanto en la época escolar como en el ejercicio diario de su profesión

No recuerdo la fecha exacta en que cobré conciencia de la existencia del Fondo de Cultura Económica, pues mi vida casi coincide con la de esta institución, además de haber nacido entre libros por ser hija de librero. Es muy posible que fueran las lecturas para mis cursos de literatura e historia en la Escuela Nacional Preparatoria de San Ildefonso las que empezaron a familiarizarme con las ediciones del Fondo, pues recuerdo bien la fruición con la que leí los Breviarios sobre el *El imperio bizantino*, *La edad media*, *La inquisición española* y *El protestantismo y el mundo moderno*. Pero sin duda fue al iniciar mis estudios de historia en la Facultad de Filosofía y Letras, a principios de los años cincuenta, cuando mi contacto con libros del Fondo se ahondó. Sus publicaciones, junto a las de El Colegio de México (entonces distribuidos por el Fondo), llenaban las bibliografías de nuestros cursos de historia, literatura y filosofía, además de que algunos de los autores y traductores de la editorial eran mis maestros. Disfruté por entonces para el curso de don Wenceslao Roces *La sociedad romana* de Friedlaender y *El mundo de los césares* de Mommsen. También utilicé varias obras de la Biblioteca Americana como el *Sumario de la natural historia de las Indias* de Fernández de Oviedo, la *Historia de las Indias* de Las Casas, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios* de Sepúlveda, la *Historia natural y moral de las Indias* de Acosta —para el seminario de Edmundo O’Gorman— así como la *Historia de la historia en el mundo antiguo* de Shotwell e *Idea de la historia* de Collingwood para su curso de Historiografía General. Otros cursos nos remitieron a obras de la colección Tierra Firme, de las Grandes Obras de Historia y algunas biografías como la de Conte Corti sobre *Maximiliano* y *Carlota* y de Droysen sobre *Alejandro Magno*.

Más tarde, la colección de historia del Fondo se volvió no sólo familiar sino indispensable para mantenerme a tono con las nuevas corrientes históricas, ya que de sus prensas salieron mucho tiempo las más grandes novedades y desde entonces el Fondo acompañó mi carrera de

historiadora y maestra, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Como lectora asidua de novelas empecé a disfrutar también de otras colecciones, entre ellas Tezontle y Popular.

Ya incorporada a El Colegio de México, en algún momento de los sesenta empecé a dictaminar libros. Esta situación se incrementó a partir de la década siguiente e incluso me permití recomendar algunos libros para su inclusión en la colección de historia, entre ellos *El regreso de los dioses* de Marcello Carmagnani, los de Horst Pietschmann, Michael Costeloe o Torcuato di Tella, así como otros que desafortunadamente no llegaron a publicarse, como el *Juárez* de Brian Hamnett y *Forging México* de Timothy Anna. En 1996 el licenciado De la Madrid me solicitó el dictamen del libro de John Eisenhower *Tan lejos de dios* y después escribir la introducción a la edición española para hacer las advertencias requeridas.

En 1989 me convertí en autora del Fondo con un libro re-dactado junto con Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000* que ha alcanzado cuatro ediciones (1989, 1994, 1999 y 2001), así como una obra publicada en coedición, *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)* con dos ediciones (1997 y 1998). De esa manera, con la invitación de la actual directora de la institución, Consuelo Sáizar, para formar parte del Comité de Historia y Antropología, ha culminado una larga relación con la institución. 



Para hacer historia

PERLA CHINCHILLA PAWLING

Los Breviarios son uno de los emblemas de la casa. He aquí un testimonio de su valía y trascendencia, en boca de la directora del Departamento de Historia de la UAM

En el otoño de 1968, en pleno movimiento estudiantil, entré a la Universidad Iberoamericana durante la huelga de la Universidad Nacional —a la que originalmente iba a ingresar—. A partir de entonces nuestros maestros, muchos también catedráticos de la UNAM, acompañaban sus programas semestrales con la bibliografía de los cursos, en un plan de estudios todavía muy de tipo positivista —omniabarcante— en el que se incluían materias de la historia de la humanidad desde el paleolítico hasta el siglo xx, tanto en Europa, como en Asia, África y América. En esas bibliografías tuve por primera vez un contacto más claro y recurrente con el Fondo de Cultura Económica, especialmente con la colección de Breviarios; es más, puedo decir que entonces para mí el Fondo era esa serie.

Ahora que evoco esta experiencia, y de mi librero extraigo los maltrechos sobrevivientes de mi época escolar, descubro una sensación particular: en esos libritos se encerraba para mí entonces todo lo que había de saber como historiadora: eran pequeños tesauros en los que se sintetizaban los conocimientos no sólo alrededor de una disciplina particular, sino de un ámbito completo, como en el caso de *¿Qué es el hombre?* de M. Buber, o en el de W. Szilasi *¿Qué es la ciencia?*, números 10 y 11 de la colección, en un espacio intelectual en el que todavía se podían formular este tipo de preguntas y de definiciones, hoy impensables. Y en las asignaturas de historia propiamente dichas, recorrimos desde *El hombre prehistórico* de A. H. Brodrick —Breviario número 107—, pasando por *Los romanos* de R. H. Ba-

row —número 38— en la clase de culturas de la antigüedad, cruzo la edad media con *Los alquimistas, fundadores de la química moderna* de F. S. Taylor —número 130—, entro en la era moderna con un texto que releí varias veces, por lo que recuerdo y por los subrayados y notas al margen en distintos colores y grafías, *La revolución francesa y el imperio (1787-1815)* de G. Lefebvre —número 151—, para culminar con dos de los libros con los que preparé la primera clase —Europa Contemporánea— que di en la universidad, recién egresada de la licenciatura: de H. J. Laski, *El liberalismo europeo* y *La Europa del siglo XIX (1815-1914)* de G. Bruun. Por último, unos años más tarde y ya en la maestría, en el seminario de Historia de la Ciencia, el Breviario que más recuerdo, y uno de los libros que más impacto tuvo en mi carrera profesional —me llevó hacia el problema de la cultura—, y que aún sigo utilizando en mis clases: fue el 213, *La estructura de las revoluciones científicas* de T. S. Kuhn —la discusión sobre la fidelidad de su primera traducción llevó a una segunda, y aún se polemiza sobre cuál es mejor—. Tengo enfrente la undécima reimpresión de 1995, que ya no es de pasta dura, y ya no se hace referencia a otros Breviarios en las últimas páginas o en la solapa; siento cierta nostalgia por ello.

¿A dónde quedaría mi ejemplar de 1975? Justamente releendo la lista de algunos Breviarios más en una solapa, descubro todos los demás que leí y todos los libros que he perdido o he prestado —y los que eran de algún compañero de clase y están en mi librero, como *Las clases sociales* de M. Halbwachs— en los últimos 36 años: *La inquisición española* de Turberville, *Introducción a la historia* de M. Bloch, *Los orígenes de la civilización* de V. Gordon Childe... Creo que más que una bibliófila, he sido una lectora. 📖

La casa del pensamiento de Iberoamérica

GUSTAVO LEYVA

A decir del profesor de la UAM, la diversidad y profundidad del catálogo del FCE lo equiparan al de otros sellos editoriales célebres, como Suhrkamp o Feltrinelli

Rodeado de una multitud de libros de medicina debido a la profesión de mi abuelo paterno, tal vez en mi infancia haya visto, sin haberme percatado realmente de ello, algún libro publicado por el Fondo de Cultura Económica. Mi primer recuerdo preciso de un libro de esta editorial se remonta más bien a mi adolescencia. En aquel momento estudiaba la preparatoria en un colegio marista y algún profesor nos había recomenda-

do la lectura de dos libros para una comprensión más adecuada de la filosofía y el pensamiento antiguos. El primero de ellos era *Paideia*, la obra clásica de Werner Jaeger que mi padre, con un gran sacrificio, adquirió para mí; el segundo, *La filosofía helenística* de Alfonso Reyes, una pequeña obra aparecida dentro de la famosa colección de Breviarios de esta casa editorial. Recuerdo haber leído estos libros —o, en el caso de *Paideia*, partes de ellos— con una devoción similar a la de quien vive una experiencia de carácter casi religioso. Al mismo tiempo, en nuestra clase de literatura se nos recomendaba la lectura del *Balzac* de Jaime Torres Bodet y en la de psicología la de la *Introducción a la psicología* de Werner Wolff. A ellas se aunarían

posteriormente la *Fenomenología del espíritu*, *El capital* y otras más que no podría enumerar ahora con precisión. Con el paso del tiempo la labor irremplazable de esta editorial me permitió acercarme a Thomas Hobbes y John Locke, a Max Weber y Leo Strauss, a Claude Lévi-Strauss y Michel Foucault, a sor Juana Inés de la Cruz y Octavio Paz, a Gilberto Freyre y Jorge Luis Borges, a quienes suelo volver hoy en día una y otra vez —y quizá no podría concebir lo que he llegado a ser sin la lectura de todos estos autores—. El efecto que todas estas lecturas han tenido entonces en mi formación intelectual y, en general, en mi biografía ha sido decisivo. Ellas me hicieron posible no sólo un acceso privilegiado a la comprensión de autores, culturas, épocas, problemas y disciplinas muy diversas, sino que me permitieron ante todo una localización más precisa del horizonte cultural iberoamericano permitiéndome insertarme en él y mostrándome de este modo la gran significación de la labor de la casa editorial que las había publicado.

Creo que a lo largo de su historia el Fondo de Cultura Económica ha podido enlazar en forma por demás lograda la satisfacción de los requerimientos comerciales y financieros propios a una empresa editorial con una elevada calidad académica en su labor de publicación —y en esta feliz combinación residiría, como ya Claudel lo viera con claridad en una carta a Gide a principios del siglo xx, el éxito de empresas editoriales como la de Gallimard en Francia. Es en este mismo sentido

que no puedo sino pensar en las palabras que George Steiner, por cierto también un autor del FCE, empleara alguna vez al hablar de “the Suhrkamp culture” queriendo subrayar con ello cómo, en virtud de la fuerza, legitimidad y coherencia de su proyecto cultural, esta editorial había contribuido decisivamente a crear el “canon moderno” de la cultura alemana en la segunda mitad del siglo xx. Creo por ello que la labor e importancia del Fondo de Cultura Económica en el mundo iberoamericano podría ser comparada sin exageración con la que han tenido editoriales como Suhrkamp en Alemania, Gallimard en Francia o Feltrinelli en Italia. Todas ellas se han preocupado por traducir y dar a conocer en el propio ámbito cultural y lingüístico obras centrales de la creación literaria y el pensamiento universales manteniendo a la vez un espacio para la producción en la lengua propia editando a los clásicos, redescubriendo a autores olvidados e impulsando nuevas voces que con el paso del tiempo se han convertido en decisivas. Creo que no exagero si digo que con ello el Fondo ha contribuido a configurar en forma determinante la propia comprensión que la cultura y el pensamiento iberoamericanos tienen de sí mismos, a articularla y darle expresión dentro y fuera de nuestras fronteras ampliando simultáneamente el horizonte de la tradición cultural de los lectores que vivimos en esta región del mundo, quienes por ello hemos aprendido por ello a ver a esta editorial como la casa del pensamiento de Iberoamérica. 

Los libros como guías y acompañantes

MAURICIO BEUCHOT

Miembro de las academias Mexicana de la Lengua y de la Historia, prolífico autor de obras de y sobre filosofía, Beuchot describe aquí no sólo la importancia de algunas obras en su formación sino el sutil cambio que significó pasar de ser lector ávido a contarse entre los autores del FCE

Mi encuentro con el FCE fue al comenzar el bachillerato, a mediados de los años sesenta, ya que fue cuando empecé a sentir una fuerte atracción por la poesía y la filosofía. Recuerdo que el libro que me puso en contacto con la nueva poesía fue uno de los Breviarios, el de J. M. Cohen, *Poesía de nuestro tiempo*. Me llamó mucho la atención ver reseñados allí autores mexicanos, como Octavio Paz.

En cuanto a la filosofía, me resultó fundamental como iniciación un libro de Miguel Bueno, *Las grandes direcciones de la filosofía*, en la colección Diánoia, nombre de la revista del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, pues se da en el marco de un convenio con esa institución.

Los compré en mi ciudad natal, Torreón. Quién me iba a decir que, andando el tiempo, conocería a don Octavio Paz y que, asimismo, sería colega de don Miguel Bueno en el mencionado instituto de investigaciones, y que pertenecería al comité editorial de su revista *Diánoia*, de la que he sido, también, ferviente colaborador.

Igualmente, usé varios libros de filosofía de la mencionada colección de Breviarios, como los de Abbagnano y de Bobbio sobre el existencialismo, el de Lavelle sobre la ontología, el de Collins sobre Kierkegaard, etcétera, pero sobre todo el de Jaspers sobre la filosofía en cuanto tal. Me guiaron mucho en mi camino filosófico, que apenas se abría.

Los Breviarios tuvieron una repercusión muy importante en mis estudios, y creo que la han tenido en los de muchos estudiantes en México. Tal vez por eso significó mucho para mí el que se me encargara un título para esa colección y que es un libro sobre historia de la semiótica, disciplina que me ha ocupado mucho y para la cual quise, como lo recibí yo de esa colección, un texto con afán de servir a los demás, que fuera didáctico y útil.

Grande ha sido también el provecho que nos hicieron las traducciones de obras de Dilthey, Husserl, Cassirer y Heidegger, así como libros sobre los clásicos: los de Jaeger, *Paideia* y *Aristóteles*. Lo mismo ha ocurrido con los libros de don Antonio Gómez Robledo, de Bernabé Navarro y de Luis Villoro, queridos amigos míos. Por no mencionar a otros, cuyos libros han salido posteriormente.

El FCE ha sido, pues, en el área de filosofía y letras, una fuente indispensable, en la que bebimos todos, en la que encontramos libros fundamentales, como los que he mencionado y que nos han acompañado desde que fuimos estudiantes hasta ahora que somos profesores e investigadores. 

Thomas Hobbes, un autor del siglo xvii en México

ISIDRO H. CISNEROS

Thomas Hobbes goza de cabal salud gracias al Fondo, dice aquí el investigador en la sede mexicana de Flacso. Iniciativas como la de editar y mantener en el catálogo a autores como éste son y serán el alma de la casa

El recuerdo más presente de mi relación con el Fondo de Cultura Económica proviene de un libro que se encuentra en la biblioteca de mi familia desde hace 64 años. Y así como es posible hablar del universo a partir del átomo, de la misma forma es posible hablar de una gran casa editorial a partir de una de las obras cumbres del pensamiento universal que aparecen en su catálogo. Se trata de *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, de Thomas Hobbes de Malmesbury, que es la “primera y única versión en lengua española” fechada en 1940, y sólo le anteceden la edición inglesa de 1651, la edición latina de 1668, la edición holandesa de 1678 y la edición alemana de 1794.

Esta obra austera pero bellamente impresa fue traducida por Manuel Sánchez Sarto, quien además escribió un prefacio erudito que hace honor a las dimensiones filosóficas, politológicas, históricas y culturales del *Leviatán*: “ninguna presentación tan adecuada para una obra maestra como la mera invitación a su lectura”. Impecablemente inspirado en las primeras ediciones de estudiosos clásicos que tuvieron a la vista la obra magistral de Thomas Hobbes, como Ferdinand Tönnies o Leo Strauss, el maestro Manuel Sánchez Sarto traza el itinerario de vida e intelectual del autor del *Leviatán*. Pero no sólo los aspectos exqui-

sitamente introductorios fueron cuidadosamente atendidos en la primera edición del Fondo de Cultura Económica, también lo fueron los de tipo editorial. En el colofón de esta primera edición mexicana se menciona que su cuidado estuvo en las manos del riguroso maestro don Daniel Cosío Villegas y del licenciado José C. Vázquez. Allí mismo se informa que se tiraron tres mil ejemplares, una edición en importancia y número muy relevante para el México de la época. Esta obra de 618 páginas es además, y de ello me congratulo de manera especial, pionera de la Sección de Ciencia Política del Fondo de Cultura Económica, en ese entonces dirigida por don Manuel Pedroso. Una sección que se engalanó con la publicación de otras obras igualmente importantes del pensamiento político clásico, como son *Los seis libros de la república* de Jean Bodin, el *Ensayo sobre el gobierno civil* de John Locke o *Los derechos del hombre* de Thomas Paine. El *Leviatán* ocupa un lugar especial entre mis libros de filosofía política y es, por así decirlo, uno de los textos cuya lectura recomiendo decididamente a mis alumnos, dado que Thomas Hobbes representa uno de los clásicos del pensamiento político moderno y junto con René Descartes es uno de los dos grandes paradigmas de la razón en el siglo xvii. Es un libro, el *Leviatán*, que ha marcado a generaciones de intelectuales y escritores en América Latina, quienes se han podido beneficiar de la lectura de esta obra maravillosa en la magistral edición que el Fondo de Cultura Económica publicó exactamente a los pocos años de su fundación, cuando tenía su sede en Pánuco 63.

La importancia de Thomas Hobbes —un escritor maldito de acuerdo con el gran profesor recientemente desaparecido Nor-



berto Bobbio— radica en que despliega su reflexión en los planos de la metafísica materialista, la antropología del pesimismo y el absolutismo político. Sus lecciones acerca de los fundamentos de una comunidad ordenada y pacífica, que considera posible sólo a través del poder absoluto del estado, han suscitado más excomuniones y condenas que críticas e interpretaciones positivas. Thomas Hobbes ha sido considerado contemporáneamente un teórico de la praxis absolutista de las monarquías nacionales y un profeta del totalitarismo moderno, de la misma forma como existen quienes lo consideran un jusnaturalista con espíritu liberal que pone límites al mismo absolutismo postulándose como un ideólogo del naciente capitalismo industrial. Sin embargo, cualquiera que sea la posición teórica e histórica desde la que se observe la obra del gran pensador inglés, una cosa es muy cierta: tales debates y reflexiones no habrían sido posibles en el medio intelectual mexicano sin el conocimiento y la divulgación de la obra de Thomas Hobbes hecho posible por las sucesivas ediciones del FCE, lo que representa para los académicos de mi generación la imagen de una institución que ha formado cultural y políticamente a millones de mexicanos. 



Parnaso de las ciencias sociales

OMAR GUERRERO

Abundan en nuestro catálogo las obras que son cimiento de algunas disciplinas. He aquí la saga del texto fundacional de la administración pública, en voz del impulsor de su traducción al español

Mi contacto con el FCE es antiguo, puesto que ocurrió como lector, cuando hice mis estudios profesionales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en la UNAM muchos años atrás. Fue después, en 1979, cuando tuve una actividad más directa e intensa en esa casa editorial, cuando la dirigía don José Luis Martínez, quien me invitó como árbitro de las áreas de ciencias políticas y administrativas, y luego como coordinador del comité. En esa época gestioné el convenio de colaboración editorial con el Instituto Nacional de Administración Pública, donde yo dirigía su revista y profesaba cátedra. El producto de ese encuentro fue la publicación de los libros de E. N. Gladden sobre historia de la administración pública, y Chevallier y Loschack, sobre ciencia administrativa.

Mi experiencia más grata es la actual. A principio del 2002 tenía, por fin, y luego de más de 30 años, la versión príncipe (1808) de la obra de Charles-Jean Bonnin: *Principios de administración pública*. Durante ese tiempo ya había conseguido las ediciones precedentes (fue de la más nueva a la más antigua: 1829, 1812 y 1809) y, teniendo la edición más importante, puesto que con ella se fundó la ciencia de la administración pública, lo que seguía era su publicación.

Hay que hacer notar que la obra de Bonnin, además de que se publicó en francés cuatro veces, también se vertió al portugués y al italiano, así como al español dos veces (España y Co-

lombia). Pero desde antes de mediados del siglo XIX ya no se volvieron a publicar los *Principios*, que se perdieron en el olvido, sin que Bonnin engendrara un plantel de discípulos. Y a pesar de que sus ideas se conservaron en muchos autores, a veces con créditos y otras no, Bonnin se fue perdiendo en el olvido.

Por lo tanto, el paso de su publicación era decisivo. Felizmente, en enero del año mencionado, recibí una amable llamada de la doctora Aurora Díez-Canedo, quien, habiendo recibido un apunte sobre el libro de Bonnin que yo había enviado previamente a la Embajada de Francia (buscando su apoyo), me hizo saber el interés del FCE por su publicación.

En este momento se produjo una cadena de sucesos venturosos porque, junto con la gentil y absoluta disposición de la doctora Díez-Canedo, la obra contó con el concurso de una gran traductora: Elienne Cazenave, quien realizó un trabajo extraordinario.

Para mayor fortuna, la licenciada Consuelo Sáizar Guerrero fue nombrada directora general del FCE. Persona de amplio conocimiento de las tareas editoriales, y dotada de un gran amor por los libros, la obra de Bonnin fue adoptada por una dama singular y destacada que no cejó en brindar todo su apoyo para que se publicara, y se hiciera del mejor modo, como se estila en esta casa editorial.

Así, bajo el amparo de damas extraordinariamente generosas, y gozando de un futuro prometedor, el libro de Bonnin pudo ver nuevamente la luz. La labor de FCE es la fuente de su enorme y bien merecido prestigio. No podía haber un lugar mejor para el Bonnin, pues en esa gran casa donde se hacen libros es donde los clásicos de las ciencias sociales tienen su Parnaso. 

Pero si el Fondo ha existido desde siempre...

RUY PÉREZ TAMAYO

En Pérez Tamayo encontramos la rara dualidad del hombre de ciencia y el de letras. Su trabajo académico lo condujo a ser profesor emérito de la UNAM, miembro de El Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua. Y es además autor de obras de divulgación, donde combina la erudición con la conciencia del saber científico. Presentamos aquí su picante evocación de la amistad, no exenta de diferendos, que ha sostenido con la casa

A Maricarmen Farías, afectuosamente

Cuando me enteré de que el Fondo de Cultura Económica apenas va a cumplir 70 años, mi primera reacción fue de incredulidad. “¡Pero si el FCE ha existido desde siempre...!” me dije, pero a continuación me di cuenta de que yo soy mayor que el FCE. De todos modos, desde que me acuerdo el FCE existe, como también existen los impuestos y el Popocatepetl. Pero durante muchos años el FCE fue solamente una editorial como muchas otras, hasta que aprendí que realmente no había, ni en México ni en ningún otro país de América Latina, ninguna otra editorial como el Fondo. Mi primer libro (apareció en 1958) no lo hice con el FCE, porque entonces yo sabía todavía menos que hoy de ese mundo complejo e impenetrable que es el mundo de los libros; además, era un volumen muy técnico, dirigido a estudiantes de medicina y otras ciencias de la salud. Con el tiempo empecé a escribir textos en un lenguaje más sencillo y dirigidos al público no necesariamente profesional, que aparecían en revistas de publicación periódica y en algunos diarios, hasta que un día recibí una amable invitación del FCE para contribuir un manuscrito para la espléndida colección que enton-

ces se llamaba La Ciencia desde México y que hoy se conoce como La Ciencia para Todos. Acepté encantado, pues era mi primera oportunidad para ingresar como autor al FCE, a lo que aspiraba desde hacía tiempo; lo que no sabía entonces, pero muy pronto lo averigüé, fue que esto incluía conocer y tratar a la creadora y directora de la colección La Ciencia desde México, la señorita Maricarmen Farías. Nuestro primer encuentro empezó mal y terminó peor, porque ninguno de los dos conocía las pulgas del otro; sin embargo, con los años hemos ido controlando a nuestros respectivos insectos y ahora nuestras relaciones son casi idílicas. Maricarmen me ha enseñado mucho sobre el secreto de hacer libros y sobre el FCE (ya he publicado cuatro títulos en su famosa colección), así como las suavidades escondidas de su personalidad, que por cierto surgen a la menor provocación.

Las relaciones entre autores y editores generalmente proporcionan materiales para libros de historias de horror, pero en mi caso confieso que después de siete libros publicados a partir de 1987 con el FCE (tres de ellos en coedición con El Colegio Nacional y uno en coedición con El Colegio Nacional y la UNAM), mi relación con el FCE sirve más bien para un cuento infantil de hadas o una película romántica hecha en Hollywood, de las que terminan con un happy end. Desde luego, esto se debe en gran parte a mi carácter tranquilo y a mi paciencia casi infinita (de santo), que me permite permanecer inalterado cuando recibo del FCE un manuscrito de 400 páginas para revisar en tres días, o un citatorio para asistir a la próxima reunión del Comité de Ciencia, Tecnología y Sociedad con 36 horas de anticipación. Y desde luego, desde hace tiempo he aprendido a nunca preguntar por la posible fecha de publicación de mi próximo libro... 

Ahora, discutir y asimilar

MARCELINO CEREJIDO

Los libros van y vienen: de México a la Argentina para ser leídos por un Cerejido joven que no podía saber que en 1995 obtendría el Premio Nacional de Ciencias y Artes, y del remoto cono sur de regreso a ésta, su segunda patria, donde su perspicacia científica ha nutrido las entrañas del politécnico Centro de Investigación y de Estudios Avanzados. Leamos su enérgica invitación a ir aún más allá en el interminable proceso de difundir la cultura científica, labor en que el Fondo está profundamente comprometido

En 1951 yo tenía 18 años y estudiaba medicina en Buenos Aires. Como vivía muy lejos de la facultad entre clase y clase me quedaba leyendo en el café ubicado junto a una librería, a cuadra y media. Así entraron en mi vida (o fui yo quien entré en la de ellos) los “libritos” de Breviarios que leía y subrayaba profusamente en el café. No exagero si digo que esa colección me inició en la mayoría de los tópicos que corresponden al “mundo de la cultura”, en contraposición al “mundo de las asignaturas” constituido por los textos obligatorios de las ma-

terias que cursaba. Así como mis maestros me formaron como “investigador”, los Breviarios me fueron dando una visión del mundo que hicieron de mí un “científico”. Por eso, ya doctorado, además de publicar artículos especializados en fisiología celular y molecular como parte de mi profesión, en mis tiempos libre fui derivando hacia el ensayo de temas interdisciplinarios: la vida, el tiempo, la muerte, las crisis, los equilibrios, la ciencia como generadora de desigualdades entre los pueblos, en el sentido de que, en las sociedades con un acentuado analfabetismo científico de estado, la falta de ciencia resulta mucho más deletérea que las mismísimas deudas de dinero. Cuando en 1976 el nazicatolicismo castrense que venía carcomiendo sistemáticamente el aparato educativo argentino destruyó una vez más las universidades, me exilié en México, hice venir mi biblioteca e, irónicamente, ese gambito que me exilió a mí repatrió los maravillosos libritos mexicanos que sigo atesorando y de los que esporádicamente releo los pasajes que subrayé hace medio siglo.

Ya en México, me apasionó, emocionó, contagió y reclutó el propósito iluminador de la colección hoy llamada La Ciencia Para Todos, y la parafernalia de actividades que fue generando; por ejemplo, la maestra María del Carmen Farías me fue enviando a dar conferencias por todo el mapa de México.

Ella y sus colaboradores se empeñan en darle a los jóvenes mexicanos una visión del mundo compatible con la ciencia, a través del hábito de la lectura. No discrepo, pero creo que el Fondo debería complementar esa cruzada con una promoción del hábito de *discutir* y *asimilar* lo leído. Recuerdo que, cuando los reformistas de los siglos xv y xvi se propusieron lograr que cada habitante *entendiera* lo que dice la Biblia, tuvieron que vencer una formidable serie de obstáculos. Primero recurrieron a la imprenta para que hubiera suficientes ejemplares, luego tuvieron que traducirla a sus idiomas vernáculos, emprendieron una campaña alfabetizadora para que cada quien pudiera leerla directamente, pero el escollo final era que una cosa es leer y otra muy distinta es interpretar lo leído. Lo resolvieron creando grupos de discusión liderados por alguien que supiera discutir e interpretar. Creo advertir que los jóvenes mexicanos que no leen no lo hacen “por falta de hábito”, sino porque no saben *cómo transformar la información en conocimiento*. Creo que el Fondo, que acerca a los jóvenes a los libros de ciencia, podría intentar ahora acercarlos a los autores, para que les enseñen y los acostumbren a meditar y desarrollar una *Weltanschauung* laica, y conformen un cristalito sobre el que se vaya solidificando una nueva cultura mexicana. 

El Fondo de Cultura Económica y la formación científica

ROSAURA RUIZ GUTIÉRREZ

Aunque el FCE empezó tarde a publicar obras de ciencias naturales, hoy son un soporte esencial del catálogo, sobre todo las que se ocupan de la divulgación entre niños y jóvenes. En este texto vemos el saludable impacto de la lectura científica en la formación de quienes escudriñan la naturaleza: tanto Breviarios como la colección Ciencia y Tecnología contienen textos introductorios y especializados que han formado a generaciones de científicos

Mis primeros encuentros con el Fondo de Cultura Económica datan de mi época de estudiante de la Facultad de Ciencias de la UNAM. Las colecciones de Breviarios y de Ciencia y Tecnología, con títulos como *La estructura de las revoluciones científicas*, de Thomas Samuel Kuhn (1971); *La evolución humana*, de Gabriel Ward Lasker (1972); *¿El hombre o la naturaleza?*, de Edouard Bonnefous (1973); *La biología del espíritu*, de Edmund Ware Sinnott (1978); *Consejos a un joven científico*, de Peter Brian Medawar (1982), o *La ciencia de la vida en el siglo xx*, de Garland Edgard Allen (1983), resultaron fundamentales para mi formación como licenciada, maestra y finalmente doctora en biología.

Posteriormente, tuve la oportunidad de participar como

autora en el Fondo de Cultura Económica, con la publicación de *El método de las ciencias. Epistemología y darwinismo* (1998) y *De Darwin al DNA y el origen de la humanidad: la evolución y sus polémicas* (2002), que escribí junto con Francisco J. Ayala.

Finalmente, tuve el gusto de ser organizadora y participante, con María del Carmen Farías, Ana Rosa Pérez Ranzans y León Olivé, del Diplomado en Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación, realizado en 2003, como parte de las actividades académicas y culturales que programa el FCE. Cabe señalar que las reflexiones en este ámbito abren, a su vez, una nueva veta interdisciplinaria que ha empezado a nutrir ya los catálogos del Fondo.

La preocupación de esta casa editorial por satisfacer las necesidades de conocimiento en infinidad de temas, disciplinas y especialidades no tiene parangón. Su premisa de hacer accesible ese bien invaluable al que llamamos “cultura”, esto es, la suma y conjugación de todas las expresiones, reflexiones y aportaciones humanas, ha resultado fundamental en la formación académica y personal de una masa de lectores. La contribución que el Fondo de Cultura Económica ha hecho, de este modo y durante siete décadas, al desarrollo de sociedad mexicana es digna del mayor de los reconocimientos. 

El ave fénix y la filosofía

MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL

Aprender a pensar por uno mismo parece ser la consigna de quienes se asoman a las obras filosóficas del Fondo. En estas líneas se recuenta el aprendizaje que halla el desprevenido lector de nuestro catálogo

Mi primer contacto con el FCE se remota a mis años de preparación, tiempos de la palabra. Es cierto que la pandilla clase-mediera de mi infancia también amó la imagen: asistía a las matinés, a los títeres, y pagaba 20 céntimos por mirar el Cuento Fantástico. En los días festivos usualmente se escuchaba la radio: Cri-Crí, Panzón Panseco, Chucho el Roto, a la sazón héroe nacional. Los de parentela letrada oíamos cuentos maravillosos (mitos o ritos de iniciación, según Lévi-Strauss y Propp). En la adolescencia, leímos a Twain, Salgari, Verne, R. L. Stevenson... Gran privilegio fue “bachillerear”: los adolescentes preparatorianos, sumergidos en el esnobismo, devoramos, en competencia, los tomos de la colección Letras Mexicanas. Durante aquellos momentos agitados, me descubrí amante lectora de literatura y filosofía; como prueba, las bibliografías de mis trabajos llevan las siglas FCE... ¡y no soy economista! Esto habla de una oferta editorial llena de calidad y variada temáticamente, interdisciplinaria, sabia “mil usos” que

hace arder lascas de piedra y tiene gemas inmunes a limas —en reformuladas frases de Díaz Mirón.

Ejemplifico. Como Karl Marx iluminó nuestro camino sesentaiochero, convertimos nuestras páginas escolares en su “casa de citas”. Si no coincidíamos con sus desviaciones positivas, completamos el panorama con Schaff, Marcovic y Sánchez Vázquez, quien recientemente apareció con sus obras de estética contemporánea y una autocrítica que clasifica sus propuestas en las que dijo a tiempo y a destiempo. De la ideología como falsa conciencia, una de cuyas simientes es la moral del amo y el esclavo sustentada por Hegel, nacieron las inquietudes de Villoro sobre el poder. Jaspers y Fromm alimentan tendencias amorosas. Como la epistemología está en cualquier escrito, el FCE ofrece obras sobre el método galileano de Bacon, Locke y Russell, en contraste con el sistémico de Bertalanffy. La cosmovisión, estructurada con símbolos y metáforas, la abordan Cassirer, Bachelard y Eliade (sus númenes son ajenos a los ídolos científicos rusebianos). Dilthey descubre la historicidad de nuestra especie, así como la comprensión (*Verstehen*), o lado significativo del lenguaje y las acciones humanas; a este ámbito se suman Kahler y las interpretaciones de Jaeger sobre la *paideia* griega, tan cerca y lejos de Piaget (últimamente H. White ha reducido la historia a prosa literaria). *El ser y el tiempo* de Heidegger nos perfila como ser-estar ahí, en unas tradiciones, y como ser-para-la muerte que, mientras vive, se lanza al futuro. Tras el encuentro con la ontología historicista, llega Foucault, historiador-filósofo del dominio que desmiente teorías sobre magia y locura. Clavando una pica en el pesimismo, Huizinga nos define como *Homo ludens* y abre la puerta para realizarnos jugando en el aprendizaje o trabajo. La duda angustiada de pensadores periféricos sobre la originalidad filosófica de nuestra América la deshacen Frondizi, Zea, Nicol, Salmerón, Xirau, Villoro y Sánchez Vázquez.

En fin, tras leer y releer tantos libros del FCE —buenos amigos dialogales—, reconocemos nuestra supina ignorancia; empero algunas ideas del FCE rondan en nuestra mente. El Fondo —ave “albura de canas”— pide dictámenes e invita a ponernos en una esquina a pedir limosna para comprarnos sus novedades. Tal ave no es tronco venido al suelo, aunque su nido cambió de árbol. Esta hija de Eros y Ananke (parafraseo a Freud) que incrementa la cultura presente y el porvenir, celebra su septuagésimo aniversario. ¡Felicidades, ave fénix! 🦩



Nuestra lengua

ALFONSO REYES

Cerramos esta edición de aniversarios con la reproducción de un fragmento que hemos tomado de la edición conmemorativa del 70 aniversario: *Visión de Anáhuac y otros ensayos* pone a Reyes en el centro de nuestro festejo y revela que la lengua común, con todas sus diferencias, es el soporte que anima desde 1934 el trabajo editorial del FCE

Latín y romances

1. La vida de las lenguas se reduce a la evolución o cambio en el espacio y en el tiempo. Y esto aconteció con la antigua *lingua latina*, una de las más importantes del importantísimo grupo o conjunto de lenguas emparentadas llamado *indoeuropeo*. Los cambios se fueron acentuando, y al fin sucedió como si el latín anterior hubiera tenido un puñado de hijas: nuevos estados, nuevas apariencias de la madre. Ayer se consideró que estas transformaciones eran decadencias. Un secreto instinto policiaco de perseguir y delatar culpas presidía a estos juicios. Hoy se entiende y admite que las transformaciones son legítimas, por responder a las nuevas condiciones y necesidades de distintos lugares y tiempos.

2. La lengua latina, conforme se deshacía la unidad del antiguo Imperio Romano, fue dando origen, por toda la antigua Romania o sea en los distintos territorios de su dominio, a las llamadas *linguas románicas* o romances: el italiano, el francés, el provenzal, el catalán, el *español*, el portugués, el indeciso reto-romano (valles alpinos al nordeste de Italia y al sudeste de Suiza), y finalmente el rumano, en la antigua Dacia romana, hoy muy mezclado de vocabulario eslávico y otros elementos.

3. Había en la Antigüedad *dos latines*. Uno es el latín literario en que escribieron Horacio y Cicerón; suerte de lengua artificial e instrumento de la cultura. Otro era el latín de la conversación y el uso diario, el latín vulgar, que se siguió hablando en los lugares conquistados por Roma aun después del año 476, caída del Imperio Romano. Aunque en estos lugares había funcionarios y oficiales que escribían la lengua literaria y hablaban el latín vulgar de la gente educada, los dominaba numéricamente la inmensa población de soldados, colonos y campesinos que hablaban todavía más a lo plebeyo el latín vulgar, y que además se dejaban influir por los contactos con los pueblos nativos, de hablas diferentes. Y todos estos factores, obrando de consuno, fueron dando origen a las mescolanzas de que han nacido los romances. Singularmente cuando las invasiones bárbaras dejaron a cada antigua colonia entregada a sus propias fuerzas.

Así acontece por toda la antigua Romania. En la alta Edad Media, hasta hubo Padres de la Iglesia que recomendaban a los predicadores usar en sus homilías y sermones ese latín ya adulterado y plebeyo, para que mejor los entendiera la gente humilde, las ovejas predilectas del cristianismo.

4. Van configurándose los *romances*, que todavía se deshacen por las orillas, y dan, como brotes, unasseudolenguas ya de tercera instancia o *dialectos*. Dejaremos a los pobres dialectos, aunque sean también brotes legítimos, en su mala opinión y su fama equívoca (¡otra vez el prejuicio policiaco que tanto ha enturbiado los estudios lingüísticos!), para sólo hablar ya del español, nuestra lengua.

El español

1. Nuestra lengua, el *castellano* que se llamará *español* cuando domine prácticamente al país, entra desde el norte de España como una cuña o cuchilla, y luego se expande hacia los litorales que, en sus peculiaridades propias, ofrecen ciertas semejanzas. El castellano nunca pudo nivelar esas disidencias. Entre el castellano y las zonas que no llegó a invadir del todo hay, naturalmente, zonas intermedias. Y hoy casi podemos decir que el español defiende su dominios actuales con un sonido gutural y tajante, que le es bien característico: reina plenamente el español, hoy por hoy, dondequiera que se escucha la *j*, dondequiera que se esgrime al hablar el machete de la *j*.

2. Al correr del tiempo y según las vicisitudes históricas, la lengua española ha recibido, sobre la masa original del latín vulgar vuelto romance, ciertos elementos de otras lenguas peninsulares prerrománicas: elementos ligures, turdetanos, vascos, fenicios, cartagineses, griegos; y luego, aportaciones de lenguas no peninsulares, como los términos guerreros y otros tomados a las hablas germánicas, las palabras árabes —más bien para la administración y la cultura—, etcétera.

3. Entre todas estas lenguas peninsulares ajenas al romance, el caso más singular es el caso del vasco, vascuence o vascongado, “sagrado chorro de piedras” que decía un poeta. Esta extraña lengua quedó enquistada en la península como una supervivencia de remotas edades. Ha dado lugar a muy detenidas investigaciones y también a las fantasías más desorbitadas. Tiempo hubo en que se la declaró la lengua del Paraíso. La ciencia ofrece hoy, sobre su origen, tres hipótesis principales: *a*] que es lengua camítica, africana, afín del bereber, el copto, el cusita y el sudanés; *b*] que es lengua fundamentalmente caucásica; *c*] que es una mezcla de ambas corrientes.

4. Los varios romances, hijos del latín, palpitan ya a principios del siglo VIII. Cuando los árabes invadieron a España, ésta conservaba la unidad lingüística, el latín de su tiempo, abuelo del castellano.

Los hispanorromanos que se refugiaron en el norte fueron ensanchando su dominio a partir del siglo XI. A esto se llama la “reconquista”. Para esos días, en España hay ya un mosaico de lenguas: además del castellano, hay el catalán, el gallego-portugués, el leonés y el mozárabe llamado a desaparecer.

5. La lengua castellana o romance vulgar comienza a configurarse de modo titubeante desde el siglo ix hasta el siglo x. Los diplomas y documentos notariales de la época, que pretenden redactarse en latín, se van dejando penetrar cada vez más por el nuevo modo de hablar como por una humedad del subsuelo. En las *Glosas emilianenses* y en las *Glosas silenses* (monasterios de San Millán y de Silos), ambas del siglo x, estas nuevas formas se usan ya de modo consciente.

6. Entre tanto, por influencia de los inmigrantes “francos”, aparecen los primeros galicismos, cuya introducción no ha de cesar ya a lo largo de la edad media. Naturalmente, esos galicismos han dejado de serlo, han sido ya absorbidos por el castellano y pertenecen a su auténtico patrimonio: *bomenaje*, *mensaje*, *palafren*, *deleite*, *vergel*, *manjares*, *viandas*, etc. Así ha sucedido ya en nuestros días con los anglicismos *mitin*, *líder*, *club*. Estas absorciones de vocablos extranjeros forman parte del desarrollo normal de los idiomas. Hoy estamos plenamente seguros de que estamos hablando español cuando usamos palabras de diverso origen, como *arroyo* (voz de sustrato prerromano), *pájaro* (derivada del latín), o *alcázar* (procedente del árabe).

7. La épica naciente canta ya a los Condes de Castilla, llora a los Infantes de Lara y a Sancho II, caído en el sitio de Zamora. Pronto ocurre en toda la Rumania algo como un desperezo que hoy llamaríamos “nacionalista”, manifiesto anhelo de poner en valor, y en la lengua que de veras se habla, las realidades actuales y circundantes. Ello determina el triunfo del romance. El latín queda relegado a la función de lengua auxiliar. Las hijas se emanciparon de la madre, y la confinaron en los menesteres humildes propios de la vejez. Antes de mediar el siglo xii, con el cantar de *Mío Cid*, la lengua entra ya por el camino real de la literatura. En el siglo xiii, la adopción del romance es definitiva.

8. Pero no nacen a un tiempo todos los géneros. Don Alfonso X el Sabio, gran organizador de la prosa histórica y didáctica, se pasa de buena gana al gallego-portugués cuando quiere ejercitarse en la poesía lírica y cantar a la virgen María, como si todavía la adusta lengua castellana no se acostumbrara a estos primores y encantos métricos.

Sin embargo, de tiempo atrás las intenciones líricas del castellano venían ensayando salidas aventureras. Había canciones en árabe o en hebreo (las *muwachabas*) que admitían, hacia el final, y a modo de lujo, palabras y aun frases enteras en romance (las *jarchas*). Se asegura que esta singularidad comenzó a principios del siglo x, pero la mayoría de estas canciones data de los siglos xi y xii, hay unas tres en el siglo xiii, es decir, en tiempos de Alfonso el Sabio, y aún aparece alguna en pleno siglo xiv, sin duda manifestación artificial de arcaísmo.

9. Echa a andar la lengua española. A la etapa arcaica sucede la prosa de Alfonso el Sabio. El español medieval se acerca al humanismo (siglo xv), y aparece el español llamado por los filólogos “preclásico”. De 1525 en adelante, entramos en el Siglo de Oro, y la gran expansión imperial de España se refleja en la nueva musculatura de la lengua. El español ha llegado a ser lengua universal, y se permite las audacias barrocas (gongorismo, conceptismo). Y nos asomamos a América.

10. Como resultado de emigraciones y conquistas, la lengua española además de hablarse en la península se habla hoy en nuestras Américas continentales e insulares, en las Filipinas y en las Canarias, en regiones de África, Turquía y Grecia, y en el sudoeste de los Estados Unidos, que antes fue región hispanomexicana.

América y México

1. Acercándonos a lo nuestro, y acéptese o no la hipótesis del “andalucismo americano”, conviene recordar estos hechos: 1] la proporción de andaluces, extremeños y murcianos que pasaron a la conquista de América parece haber sido de un 50 por ciento; 2] Sevilla y Cádiz monopolizaron durante los dos primeros siglos el trato y comercio con América o, como se decía entonces, con las Indias; 3] en el siglo xvi acontece una intensa transformación fonética en la lengua peninsular. El español que se hablaba entonces es más o menos el que llevaron a oriente los sefarditas expulsados de España. Pero esta lengua se estancó entre los judeo-españoles, y allá conserva hasta nuestros días abundantes formas anticuadas. En América, al contrario, la transformación se acentuó de la manera que todos conocemos.

2. En el grupo hispanoamericano, se dibujan con mayor o menor aproximación cinco zonas lingüísticas: 1] una zona de Estados Unidos, la meseta mexicana y parte de Centroamérica; 2] costa mexicana del Golfo, parte de Centroamérica, las Antillas, Venezuela y una faja del litoral colombiano; 3] el resto de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; 4] la zona rioplatense, con el Paraguay por centro, y 5] Argentina y Chile. Téngase en cuenta que este trazo es todavía muy indeciso. El verdadero mapa lingüístico de nuestras Américas está todavía por hacer.

3. *El principio de economía* de Fermat es tan válido en física como en fisiología y en psicología. Desde luego, este principio tampoco puede ser ajeno a las evoluciones lingüísticas. Tal principio permite asegurar desde ahora que el español del futuro evolucionará hacia el ahorro de esfuerzo. Acaso acabe por imponerse el modo de hablar hispanoamericano. Este modo de hablar se considera sumariamente como el “andalucismo de América” Pero procede más bien de los vulgarismos y plebeyismos comunes a la soldadesca peninsular reclutada para la conquista. Desde luego, hay vastas regiones de España que confunden, como América, la *z* o la *ç* suave con la *s*, y donde espontáneamente se pronuncia la *y* en vez de la *ll* castiza, la cual se aprende artificialmente a pronunciar en las escuelas. Si en efecto la evolución se encaminase por la línea de la economía o comodidad, el término extremo pudiera llegar a ser el “antillano”, que, por huir los tropiezos de las consonantes, se deshace a veces en un verdadero flujo de vocales. (Recuérdese el juego verbal llamado precisamente “fuga de consonantes”). Si así fuere, acontecería algo semejante a lo que aconteció cuando aparecieron las lenguas romances, que poco a poco tomaron el sitio de la lengua madre latina. Las hijas americanas estarían entonces llamadas a recoger la deslumbrante y honrosa herencia peninsular, pues hay un paralelismo entre la latinización de España y la hispanización de América. En estos casos, no es indiferente en manera alguna la situación que ocupan los pueblos en el mundo. La decadencia o el florecimiento políti-



cos determinan decadencias o florecimientos lingüísticos. No sabemos lo que el porvenir nos depara.

Por supuesto, esta evolución, si llega a acontecer, todavía requerirá algunos siglos, y más de los que requirió la transformación del latín en romance, pues los elementos de comunicación son hoy mil veces más activos y eficaces que entonces, así como los recursos de fijación por medio de la cultura lingüística. Además España e Hispanoamérica hablan por suerte la misma lengua, y la evolución posible abarcaría a ambas, no habrá una verdadera separación como entre el latín y los romances.

4. En México hay cuatro zonas lingüísticas que se distinguen fácilmente: 1] el norte de la república, no tan uniforme como parece; 2] la altiplanicie central, dominada por la ciudad de México que le imprime su carácter, como Castilla lo imprime a España; 3] las “tierras calientes” de la costa oriental, sobre todo Veracruz y Tabasco; 4] la península de Yucatán, cuyas características comienzan en el estado de Chiapas y se alargan hacia Centroamérica.

5. Sin pretender en modo alguno agotar el tema, que requiere estudios especiales, sean a título de ejemplo unas cuantas peculiaridades mexicanas.

De una manera general, se advierten en nuestra pronunciación las tendencias a suavizar la *j*, haciéndola más delantera o acercándola un poco a la *b* inglesa; a prolongar un poco la *s*, no encorvando la lengua hacia arriba como en España, sino manteniéndola plana, al modo de la *s* francesa; singularidad de la ciudad de México sobre todo, que ha hecho decir a un domini-

cano: “esto es un mar de *eses*, del cual emerge uno que otro sonido”; lo que recuerda un poco la pronunciación guipuzcoana, donde al “cocido” le llaman “loss cossidoss” plural que aumenta la extrañeza. También se advierte la inclinación a convertir la *ll* y la *y* en *g* sonora francesa, por las regiones de Puebla y Orizaba y quizá otras, como se hace en la Argentina, apretando las consonantes, al revés de lo que pasa en Veracruz o en las Antillas, de modo que aquí se da una “fuga de vocales”. Nuestro gran poeta Luis G. Urbina solía saludar a sus amigos con esta frase: “¿Cóm t’ va viejcit?” También se tiende a articular con exceso las pronunciaciones difíciles: *exactitud* en lugar de *esatitú* que generalmente se permite el pueblo español. A veces este escrúpulo llega a excesos que hacen sonreír un poco a los españoles ante los turistas de nuestro país. (Esta exageración del cultismo puede relacionarse con cierto alambicamiento en las expresiones: “No pude *localizar* a Fulano”: en vez de *encontrarlo* o *dar con él*.) En cuanto al vocabulario, naturalmente influyen los estratos de las distintas lenguas indígenas. Y quedan, en el habla culta, formas anticuadas como “fierro” por “hierro” sin contar las que se conservan en el campo y entre la gente humilde, como “truje” por “traje”, “priesa” por “prisa” o “mesmo” por “mismo”: todo ello, supervivencias del siglo xvi en que por primera vez nos visitó la lengua española.

La influencia predominante de la cultura francesa en cierta época trae una contribución de galicismos, no sólo a México, sino a toda Hispanoamérica (“capitoso” por “embriagador” en ciertos poetas del modernismo). Y hoy se deslizan numerosos anglicismos en México por la vecindad con los Estados Unidos y las mutuas relaciones cada día más estrechas de la eco-

nomía, la industria, los deportes. Nótese que la misma intervención francesa dejó residuos entre nosotros (“mariachi” —música para la boda o *mariage*— y, hasta hace varios lustros, “el versa”, como se llamaba en los restaurantes capitalinos de lujo al que servía el café). Y adviértase que aun las cartas o minutas de los restaurantes contribuyen a la introducción de extranjerismos.

En cuanto a las construcciones, la variedad es mucha, pero, en suma, el mexicano no tiene que vencer demasiadas resistencias para conformarse con el ideal general de la lengua. No tenemos *voseo*, sino que somos región de *tuteo*. Y ya en Chiapas, por ejemplo, se encuentran algunas formas verbales típicas de la América del Sur, como “sentate”, por “siéntate”, etcétera.

Algunos verbos transitivos y algunos neutros se usan impropriamente con el pronombre *se* (ya haciéndolos dativos éticos, o ya reflexivos, como les llama la gramática): “*se* raptó a una mujer”, “el ganado *se* abreve”, en vez de “raptó” y “abreve”, sin el *se*.

Los falsos cultismos, los alambicamientos de expresión y los barbarismos se perciben ahora más que antes entre la gente muy diversa y de muy distintas clases y niveles que recluta la radio.

Hay ciertas tendencias estilísticas propias, como en todas partes, y una muy peculiar es el empleo cariñoso de los apodosos que designan defectos o mutilaciones de la persona: “¿Qué me cuentas, *cojito*?” “¿Qué pasa, *tuertito*?”

El uso y abuso del diminutivo es característico: un “ratito”, un “ratitito”, “tantito”, “merito”, “lejitos”.

Se abusa mucho de *qué* en las preguntas “¿Qué mañana estarás en tu casa?” en vez de: “¿Estarás mañana en tu casa?” Se usa con frecuencia el *hasta* al revés: “Estaré en casa *hasta* las once”, cuando se ha querido decir: “No estaré en casa *hasta* las once, pues antes andaré en negocios por la calle”. Hay torpeza en algunos empleos del *en*: “Te veré *en* la tarde”, en vez de “por la tarde”, o “a la tarde”, etcétera.

Así como en España, algunos tienen el abominable vicio de salpicar las frases con vaciedades como “¿me entiende Ud.?”, “¿verdad?” y otras al mismo tenor (“Anoche, ¿verdad?, estaba yo cenando, ¿me entiende Ud.?, cuando se oyó un tiro”), así en México padecemos el abominable vicio de meter por dondequiera en las frases el estribillo *este*, sin duda para cubrir momentáneos oscurecimientos mentales. El resultado es una suerte de insoportable tartamudeo psicológico: “Anoche, *este*, a la hora de cenar, *este*, se me ocurrió, *este*, que hoy podríamos tratar nuestro asunto”.

Y una condición ya más social que lingüística está en el deseo predominante de hablar en medio tono y sin levantar mucho la voz. El español peninsular habla generalmente en voz más alta y, comparada con la nuestra, algo imperiosa en apariencia, lo que desconcierta un poco a los mexicanos cuando van por primera vez a España.

Ya se ve que la observación anterior no es una censura, pero aun las censuras que arriba quedan mencionadas no significan que todo sea error en la manera de hablar de los mexicanos, la cual, por lo contrario, ofrece manifiestos encantos y atractivos como lo reconocen propios y extraños: así la conservación de ciertos términos castizos y legítimos que en España van cayendo en desuso (“angosto” por “estrecho”, como allá dicen casi siempre); la conservación de ciertos sentidos propios que en España se han pervertido (allá dicen “hábil” para decir “bribón”); la tendencia natural a la rotundidad de las frases y su

construcción coherente, en vez de las frases que empiezan por dondequiera y acaban de cualquier modo, vicios que en otras partes se advierten con alguna frecuencia; la manifiesta pulcritud de algunos usos en labios plebeyos (aquí nadie dice “*me se olvidó*”); y un *no sé qué* de la antigua cortesía nacional que ha logrado salvarse a despecho de las violentas transformaciones, etc. A esto pudiéramos fácilmente añadir otras condiciones recomendables en la lengua de los mexicanos, pero ello nos llevaría muy lejos.

Dejamos fuera de este rápido análisis muchísimas otras peculiaridades secundarias o regionales que han sido objeto de abundantes monografías. Se ha dicho que la conquista lingüística de México no ha terminado aún.

6. Por toda España y desde el Bravo hasta Patagonia —las zonas por excelencia de la lengua española— se da naturalmente, como sucede en otras lenguas, el duelo entre el “academismo” por una parte, o tendencia a seleccionar, sobre la masa común de la lengua, lo que parece más recomendable y propio de la gente educada, y por otra parte, el “popularismo” o deseo de aceptar cuanto se dice, sin calificarlo ni someterlo a censura. Este duelo se da en mayor o menor grado y aparece cruzado de ciertas corrientes transversales. Así, se creería al pronto que en España predomina el academismo en la lengua común, cuando lo cierto es que, en algunas clases sociales de Hispanoamérica, muchos modos peninsulares parecen plebeyos, y que estas clases hispanoamericanas exageran su esfuerzo por hablar con decencia hasta el alambicamiento (ya lo observamos antes de paso), así como también se resisten más al neologismo que el público y el lector españoles. ¿Acaso, como se ha afirmado, se siente América menos dueña de la lengua que España? Esta afirmación es algo ligera y apresurada, algo sumaria aunque seductora a primera vista.

La Academia Española, a través de su órgano que es el diccionario, procede con justa cautela ante neologismos, regionalismos y americanismos, y en cambio, como el diccionario es obra acumulada de varias generaciones, en él se conservan inconscientemente términos ya incomprensibles o muy anticuados. Ante esta actitud, se alza la de muchas autoridades que ya no soportan un diccionario *antológico*, sino que desean un diccionario con las puertas abiertas de par en par a cuanto se dice y se habla. Y lo que se aplica al léxico en los diccionarios, puede aplicarse a las morfologías, la pronunciación, la sintaxis.

Entre uno y otro extremo hay que buscar un cuerdo equilibrio, con miras siempre a respetar la unidad, la base idiomática de la lengua. Así lo reconoce la Academia Española, que ya en su diccionario manual da un paso prudente hacia la transacción. La nueva edición de su diccionario oficial muestra en tal sentido un notable progreso, y útilmente ha emprendido trabajos lexicográficos de suma importancia que poco a poco han de publicarse.

Este género de problemas que el físico llama “problemas del equilibrio dinámico o equilibrio en movimiento”, más que asunto de teoría y doctrina son asunto de instinto, sentido práctico, tacto y buen gusto.

Aquí sucede lo que con las constituciones democráticas: que el pueblo soberano siempre tiene derecho a modificarlas o a cambiarlas por otras, pero si lo hace todos los días nunca vivirá conforme a una política civilizada. 

DIRECTORIO DE FILIALES

ARGENTINA

Sede y almacén:
El Salvador 5665 1414 Capital Federal,
Buenos Aires Tel.: (5411) 47771547
Fax: (5411) 47718977 ext. 19
leandro.desagastizabal@fce.com.ar
info@fce.com.ar • www.fce.com.ar

BRASIL

Sede, almacén y Librería Azteca:
Rua Bartira, 351, Perdizes, São Paulo
CEP 05009-000 Brasil
Tels.: (5511) 36723397 y 38647496
Fax: (5511) 38621803
aztecafondo@uol.com.br

COLOMBIA

Sede, almacén y librería: Carrera 16,
80-18, Barrio El Lago, Bogotá,
Colombia Tel.: (571) 5312288
Fax: (571) 5311322
fondoc@cable.net.co
www.fce.com.co

CHILE

Sede, distribuidora y librería:
Paseo Bulnes 152, Santiago de Chile
Tels.: (562) 6972644 • 6954843,
6990189 y 6881630
Fax: (562) 6962329
jsau@fce.tie.cl
fcechile@ctcinternet.cl
distribucion@fce.tie.cl
libreria@fce.tie.cl

ESPAÑA

Librería Juan Rulfo:
C./Fernando El Católico, 86
Conjunto Residencial Galaxia
Madrid, 28015, España
Tels.: (34) 91 5432904 y 91 5432960
Fax: (34) 91 5498652
www.fcede.es
jglopezfce@terra.es
Almacén: Vía de los Poblados, 17,
Edificio Indubuilding-Goico
4-15, 28033, Madrid Tel.: (34) 91
7632800/5044 Fax: (34) 91 7635133
fcespvent@interbook.net

ESTADOS UNIDOS

Sede, almacén y librería:
2293 Verus St. San Diego CA. 92154,
Estados Unidos Tel.: (619) 4290455
Fax: (619) 4290827
iechevarria@fceusa.com
www.fceusa.com

GUATEMALA

Sede, almacén y librería: 6a Avenida,
8-65, Zona 9 Guatemala, C. A.
Tel.: (502) 3343351 Fax: (502) 3324213
cagular@fceguatemala.com
ventas@fceguatemala.com
www.fceguatemala.com

PERÚ

Sede, almacén y librería: Jirón Berlin
238, Miraflores, Lima, 18 Perú
Tels.: (511) 2429448 • 4472848
y 2420559
carlosmaza@fceperu.com.pe
fce-peru@terra.com.pe
Librerías del FCE en Perú:
* Comandante Espinal
840, Miraflores
* Jirón Julín 387, Trujillo

VENEZUELA

Sede y almacén:
Edificio Torres Polar, P. B., local "E"
Plaza Venezuela Tel.: (58212) 5744753
Fax: (58212) 5747442
Librería Solano:
Av. Francisco Solano entre
la 2a Av. de las Delicias y Calle
Santos Ermini, Sabana Grande,
Caracas Venezuela
Tel.: (58212) 7632710
Fax: (58212) 7632483
solanofce@cantv.net



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Los libros que buscas de las editoriales que quieras

LIBRERÍAS

Alfonso Reyes
Ciudad de México
Carretera Picacho Ajusco 227
Bosques del Pedregal, 14200,
Del. Tlalpan
Tel. 52 27 46 81 y 82

Daniel Cosío Villegas
Ciudad de México
Av. Universidad 985, esq.
Parroquia del Valle, 03100,
Del. Benito Juárez
Tel. 55 24 89 33, 55 24 12 61
Fax 55 24 18 20

Octavio Paz
Ciudad de México
Av. Miguel Ángel de Quevedo
115 Chimalistac, 01070,
Del. Álvaro Obregón
Tel. 54 80 18 01 al 03
Fax 54 80 18 04

Un paseo por los Libros
Ciudad de México
Pasaje Metro Zócalo-Pino
Suárez, Local 4 Centro Histórico,
06060, Del. Cuauhtémoc
Tel. 55 22 30 16, 55 22 30 78

IPN
Ciudad de México
Av. Instituto Politécnico,
esq. Wilfrido Massieu
Instalaciones del Politécnico
Zacatenco, 07738,
Del. Gustavo A. Madero,
Tel. 51 19 28 29, 51 19 11 92

Juan José Arreola
Ciudad de México
Eje Central Lázaro Cárdenas 24,
esq. Venustiano Carranza
Centro, Del. Cuauhtémoc
Tel. 55 18 32 31, 55 18 32 25
Fax 55 18 32 35

CIDE/ FCE
Carretera México Toluca km 16,
núm. 3655 Lomas de Santa Fe,
Cuajimalpa Tel. y fax 57 27 98 00
ext. 2906

José Luis Martínez
Guadalajara, Jalisco
Av. Chapultepec Sur 198
Americana, 44140
Tel. 01 33 36 15 12 14

Fray Servando Teresa de Mier
Monterrey, Nuevo León
Av. San Pedro 222
Miravalle, 64660
Tel. 01 81 83 35 03 19 y 71

Efraín Huerta
León, Guanajuato
Farallón 416, esq. Boulevard
Campestre Fraccionamiento
Jardines del Moral, 37160
Tel. y fax 01 477 779 24 39

Ricardo Pozas
Querétaro, Qro.
Próspero C. Vega núm. 1 y 3,
esq. Av. 16 de septiembre
Centro Histórico, 76000
Tel. y fax 01 442 214 46 98

Isauro Martínez
Torreón, Coahuila
Matamoros 240 poniente
Centro, 27000
Tel. 01 871 716 62 61 y 712 71 99
ext. 112
Fax 01 871 716 82 38

Huytlaetlax
Tlaxcala, Tlaxcala
Av. Juárez 7
Centro Histórico, 90000
Tel. 01 246 46 209 62

Julio Torri
Saltillo, Coahuila
Victoria 234
Zona Centro, 25000
Tel. 01 844 414 95 44
Fax 01 844 412 01 53

Antonio Estrada
Durango, Durango
Calle Bruno Martínez 124 Sur
Centro Histórico, 34000
Tel. 01 618 825 17 87
Fax 01 618 811 02 19

El Faro del Nayar
Tepic, Nayarit
Edificio D-7,CP. 63190
Ciudad de la Cultura
Amado Nervo
Universidad Autónoma de
Nayarit dentro de
la Biblioteca Magna
Tel. 01 311 211 88 37

ventasinternacionales@fce.com.mx

Carretera Picacho-Ajusco, 227, Col. Bosques del Pedregal, Tlalpan, C. P. 14200, México, D. F.
Tels.: 5227-4626, 5227-4672. Fax: 5227-4698 • www.fondodeculturaeconomica.com
Almacén: José Ma. Joaristi, 205, Col. Paraje San Juan, México, D. F.
Tels.: 5612-1915, 5612-1975. Fax: 5612-0710

ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

Llene esta orden y envíela por correo ordinario o por fax a la dirección de la casa matriz del FCE: Carretera Picacho-Ajusco 227, Bosques del Pedregal, Tlalpan, 14200, México, DF, México.

Nombre _____
Institución o empresa _____
Dirección: Calle y número _____
Colonia _____
Ciudad _____ C.P. _____
Estado _____ País _____
Correo electrónico _____

Suscripción a La Gaceta del Fondo de Cultura Económica a partir del número _____ correspondiente al mes de _____ .

Suscripción en México: \$150.00 por costos de envío

Opciones de pago: Envíe un cheque a nombre de Fondo de Cultura Económica. Haga un depósito a la cuenta 155690686 de Banorte, sucursal 2110, Ajusco, y envíe la ficha por fax al (55) 5335 1213, 14, 42 o 43

Suscripción fuera de México: US\$45.00 por costos de envío

Opciones de pago: Envíe giro postal o cheque a la dirección de la casa matriz.

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Colección Conmemorativa 70 Aniversario

Son de edición limitada,
no serán reimpresos,
por lo que es una
estupenda oportunidad
para enriquecer
tu biblioteca.

Esta colección conmemorativa es una muestra de los libros ahora clásicos que el Fondo de Cultura Económica ha publicado a lo largo de sus 70 años.

Presentamos títulos escogidos entre los muchos miles que conforman nuestro catálogo, en una edición especial única.

A partir de septiembre, busca en nuestras librerías los primeros cinco títulos de la colección:

Extremos de América, de Daniel Cosío Villegas, homenaje al fundador y primer director del Fondo; *La clase política*, de Gaetano Mosca; *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith; *Ideología y utopía*, de Karl Mannheim, y una selección de textos de Alfonso Reyes que inicia con el clásico *Visión de Anáhuac*.

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA